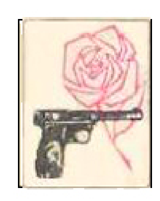


Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Los tambores de Apolinar

Apolinar, el rey del vudú en el Caribe, ha sentado sus reales en la isla caribeña de Grenada, donde los servicios secretos de Cuba y Estados Unidos han enviado unos delegados con el fin de discutir secretamente determinado posible pacto. Pero, cuando por la noche, Apolinar hace sonar sus tambores, se producen unas muertes entre los integrantes de la conferencia secreta yanqui-cubana, que inspiran terror y tensión. Afortunadamente para dicha conferencia, aparece en Grenada una hermosa bruja negra llamada Mabua Luna, a quien no asusta nada, ni siquiera los tambores de Aoolinar.



Lou Carrigan

Los tambores de Apolinar

Brigitte en acción - 291

ePub r1.0

Titivillus 22.06.2018


PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS
Titivillus in culpa est

Brigitte
EN ACCION



Conversaciones preliminares

Desde una de las ventanas de la hermosa quinta ubicada en la colina que parece abrazar la ciudad que se asienta en la hermosa bahía, Walter Griffin, agente especial de la CIA para asuntos políticos de alto nivel internacional, contemplaba el mar, las flores y el cielo, que formaban un conjunto deliciosamente armónico a aquella hora del anochecer.

Todavía quedaba un rastro de sol rojizo poniéndose en el horizonte del mar, que se deslizaba como una extraña gema líquida hacia la playa de arenas que parecían incandescentes en aquel momento. Desde allí, casi a vista de pájaro, la pequeña ciudad de St. George's, capital de la isla de Grenada, llamada también La Isla de las Especias, resultaba más encantadora que nunca, con sus casas de color rosa pálido, verde, y otros colores suaves, que hacían contraste con los tejados de color rojo. Para Walter Griffin, que hacía ya mucho tiempo había aprendido a no asombrarse de nada, aquella pequeña ciudad le parecía un desafío a su conocimiento del mundo, a su impasibilidad.

En su opinión, la elección hecha por los servicios secretos norteamericano y cubano había sido acertada. La sugerencia había partido de Washington, y La Habana, tras unos días de reflexión, había aceptado: la reunión preliminar sería en St. George's.

La casa elegida para la reunión estaba en la colina, rodeada de un bonito jardín de aceptables dimensiones considerando la peculiaridad del terreno. Era propiedad de un británico que, evidentemente, tenía buenas conexiones con la CIA, y que se había prestado a cederla, aunque no sabía para qué. Simplemente, la CIA le había pedido un favor y él había accedido, correspondiendo a

otros muchos recibidos anteriormente. Bajo el rojo techado de la quinta, había doce habitaciones, seis cuartos de baño, una cocina enorme, una aún más enorme sala de estar, un pequeño despacho, y una salita privada de acogedoras dimensiones.

En esta salita, instalados confortablemente, ya cenados, y degustando un estupendo coñac tras el excelente café, ocho hombres se disponían a dar comienzo a la conferencia preliminar, al primer paso en verdad importante y directo entre norteamericanos y cubanos tras los primeros contactos indirectos por medio de checoslovacos y suizos en Washington y La Habana. Los Estados Unidos tenían algo que decir, Cuba tenía algo que decir…, y aquellos ocho hombres iban a hacerlo en su respectiva representación.

Eran cuatro cubanos y cuatro norteamericanos.

Los cubanos eran: Ciriaco Baena, Inocencio Robles, Félix Cuétara y Marcial Varela. Los norteamericanos eran: Walter Griffin, Roger Weygand, Andrew Saunders y James Lambert. Naturalmente, todos ellos hablaban inglés y español a la perfección, así que, ya fuese en uno u otro idioma, no tendrían ninguna dificultad para exponer sus respectivos puntos de vista. Eran ocho hombres que ya habían dejado atrás la época de la capa y el puñal, como suele decirse. Habían dejado los servicios activos para dedicarse a utilizar sus mentes y lo que estas mentes habían asimilado en los pasados años de actividades con riesgo de la vida.

Auténticos veteranos del espionaje, de la subversión, de la agitación, del sabotaje, los ocho eran ahora hombres ponderados, calmosos, correctos, capaces de permanecer impávidos escuchando con suma cortesía a cualquiera que tuviese algo que decir. La elección no había sido fácil ni para Washington ni para La Habana, pero, finalmente, allá estaban los ocho, compartiendo una misma casa bien acondicionada, con servicio e instalaciones impecables, y ubicada en un lugar de ensueño.

—Cuando usted guste, Griffin —dijo Inocencio Robles, el jefe de la secreta delegación cubana.

Walter Griffin, a su vez jefe del grupo norteamericano, se volvió, sonrió a Robles, y asintió con un gesto.

—Perdone la distracción. Estaba mirando la ciudad y la bahía pensando que podríamos volver aquí de vacaciones personales.

—¿Todos juntos? —sonrió Ciriaco Baena.

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Griffin—. Si ocho personas son capaces de entenderse en asuntos políticos, más fácilmente habrían de entenderse para divertirse.

—Todavía no nos hemos entendido —deslizó Robles.

—Bueno —encogió los hombros Griffin—… Todos sabemos que no estaríamos aquí si previamente nuestros servicios… informativos no hubiesen ido laborando de modo que esta reunión, en realidad, sea puro trámite.

—Pero muy conveniente —intervino Marcial Varela—: las cosas tienen que quedar claras de un modo directo, sin que luego quede opción a decir que no fueron bien entendidas por una u otra parte.

—De acuerdo —alzó una mano Griffin—… ¿Quién empieza?

—Les concedemos prioridad —sonrió astutamente Robles.

—Gracias. Adelante, Andrew.

Andrew Saunders, el lector del grupo norteamericano, abrió el solidísimo portafolios de acero, sacó los documentos redactados en clave especial, y tras mirar a su alrededor y convencerse de que todos estaban bien acomodados y pendientes de él, comenzó a exponer los puntos que Washington quería dejar bien claros. No era, por supuesto, la solución definitiva a la larga cuestión entre Estados Unidos y Cuba, sino los puntos que deberían ser resueltos antes de iniciar abiertamente la trayectoria hacia la reanudación de relaciones diplomáticas. La misión de los ocho enviados era exponer esos puntos, saber si la parte oponente estaba dispuesta a discutirlos, es decir, si aceptaba que esos puntos de fricción existían y aceptaban resolverlos en conversaciones posteriores. Sí uno solo de los puntos de fricción era discutido o no admitido por una de las partes, terminaría la reunión, que no habría servido de nada.

Pero, como bien había dicho Walter Griffin, nadie había acudido a la reunión a ciegas, sino sabiendo muy bien hasta dónde llegaba la inicial actitud conciliadora del otro bando. Por eso, cuando Saunders terminó su lectura, y tras un breve silencio general, Inocencio Robles asintió, y murmuró:

—De acuerdo. Por favor, Félix.

—Sí, enseguida —reaccionó Félix Cuétara.

A su vez representante lector de la parte cubana, Cuétara procedió a la exposición de los puntos que La Habana quería

presentar en los contactos diplomáticos oficiales. Como antes, el silencio era total por parte de siete oyentes, mientras la clara voz de Cuétara, ahora en inglés, iba exponiendo punto tras punto. Cuando terminó, miró a Walter Griffin, portavoz de los norteamericanos, el cual movió la cabeza afirmativamente.

—Estamos conformes. Supongo que ninguno de nuestros puntos les ha sorprendido a ustedes, y, por nuestra parte, debo decir que tampoco estamos asombrados, precisamente. Bien, procede ahora exponer las propuestas iniciales para la resolución de esos puntos. ¿Quiere seguir usted mismo, Cuétara?

Este miró a Robles, que asintió en silencio.

—Comenzaremos —dijo Cuétara— con el punto uno, como es natural. En nuestra opinión, la cuestión sobre los exiliados cubanos todavía no nacionalizados norteamericanos…

La reunión se prolongó hasta muy tarde. Se habían tocado solo unos pocos de los puntos cubanos, pero no había prisa, así que, considerando que todos tenían ya sueño, lo procedente era terminar el trabajo, dar por terminada la jornada, y continuar al día siguiente, todos descansados y con la mente bien despejada.

Con el cierre de los respectivos portafolios, pareció desaparecer la postura oficial de todos los reunidos. Se tomaron algunas copas aún, se fumaron unos cigarrillos, hubo alguna conversación breve de índole personal, alguna broma amable.

Hacia la una de la madrugada, cada hombre estaba en su dormitorio.

* * *

Walter Griffin despertó sobresaltado, y se sentó velozmente en la cama. Notaba los golpes de su corazón en el pecho, y un frío zumbido de cansancio, de sueño interrumpido, en las sienes. El silencio era total, de modo que debía de haber estado soñando que alguien gritaba de aquel modo espeluznante…

El alarido se repitió, más fuerte que antes. Un grito que podía ser humano, pero que ante todo era…, sí, espeluznante, y podía brotar de cualquier garganta. Los pelos se le pusieron de punta a Walter Griffin, que giró en la cama, encendió la luz de la mesita de noche y buscó en el suelo sus zapatillas. Metió pies en estas, se puso

en pie, y corrió hacia la puerta, que abrió con seco tirón. Cuando salió al pasillo vio ya allí a James Lambert y a Ciriaco Baena, también en pijama, ambos con los ojos muy abiertos, la expresión asustada… Más puertas se abrieron, y el pasillo se llenó rápidamente de cubanos y norteamericanos, preguntando todos a la vez qué ocurría, y todos igualmente espeluznados por aquellos gritos.

—Calma, calma —masculló Varela—… Sea lo que sea, pronto lo sabremos.

¿Alguno podría decir de dónde han llegado esos gritos?

—Son las tres de la madrugada —dijo Griffin, mirando su reloj de pulsera automático—… Yo estaba dormido como un niño.

—Toma, y yo —gruñó Cuétara—. Todos debíamos…

—¿Dónde está Saunders? —preguntó Roger Weygand.

Con ligero sobresalto, todos miraron a todos. En efecto, faltaba Andrew Saunders; era el único que no había salido al pasillo. Abajo, se oían las voces de las personas encargadas del servicio de la casa, y de los vigilantes, lo que demostraba que todos habían oído los gritos espeluznantes. Pero, Andrew Saunders, al parecer, no había oído nada.

Y fue justamente entonces, en el silencio tenso que se hizo, cuando comenzaron a oír los tambores.

—¿Qué es eso…?

—Sssst.

También el personal auxiliar de servicio doméstico y vigilancia armada debía de haber oído algo, porque en toda la casa se hizo el silencio total. Lejanos, seguían oyéndose aquellos sonidos rítmicos, apagados, suaves: tum-tum-tumtum-tum-tum…

—Parecen tambores —susurró Lambert.

Ciriaco Baena se pasó la lengua por los labios, y susurró:

—Son tambores vudú: y anuncian muerte.

Hubo otro instante de silencio. De pronto, Griffin corrió hacia la puerta del dormitorio que no había sido abierta. La empujó, entró en la habitación, encendió la luz, y se volvió hacia el lecho. Lanzó un suspiro al ver allí a Andrew Saunders, pero, enseguida, captó algo extraño. Se acercó unos pasos, y volvió a detenerse en seco, palideciendo intensamente.

—Dios mío… —jadeó.

Por detrás de él, los demás norteamericanos, y los cubanos, se agolparon, para mirar todos hacia la cama, donde, en efecto estaba Andrew Saunders, en pijama, destapado, cara al techo. Pero no dormía. Su estado era mucho más profundo que el sueño… Tenía los ojos casi fuera de las órbitas, pero, en cada uno de ellos, muy hundida, una aguja metálica. Sus facciones desencajadas estaban salpicadas de pequeños alfileres que se hundían en la carne.

Y sobre el corazón, otra larga aguja, que sin duda alguna había llegado al corazón y había detenido su marcha.

Afuera, en alguna parte, seguían sonando los tambores vudú anunciando muerte.

1

Entre los muchos turistas que aquella tarde desembarcaron en St. George’s, había una mujer que había sido la pesadilla de las demás mujeres del viaje. Motivo: los hombres no habían perdido ocasión de mirarla, siempre con expresión maravillada e incrédula; lo cual, sin duda, es suficiente para causar el fastidio de otras mujeres.

Algunos de los pasajeros incluso se las habían arreglado para saber quién era la hermosa rubia de los ojos verdes y cuerpo escultural: se llamaba Nora Tisdale, y era una periodista británica que estaba disfrutando de unas vacaciones en el Caribe, tomando fotografías de todas partes. Había abordado el barco en San Juan de Puerto Rico, sola, sin más equipaje que un maletín rojo con florecillas azules estampadas y una maleta. Así, por las buenas. Se suponía que el pasaje estaba cubierto con anticipación, por un contrato turístico, pero la encantadora señorita Tisdale se las había arreglado, nadie sabía cómo, para conseguir ser admitida a bordo.

Ahora, mientras desembarcaba, una vez más tenía fijas en ella las miradas de todos los hombres, que se sentían decepcionados, ya que al no formar parte la señorita Tisdale del grupo turístico, no se alojaría en el mismo hotel. Lo cual habría podido significar, ¿quién sabe?, la oportunidad para alguno de ellos.

Pero, además de viajar sola y no parecer accesible al sistema habitual de galanteo, resultó que en el puerto de St. George’s un hombre estaba esperando a la señorita Tisdale. Un hombre alto, atlético, rubiales, atractivo, al que ella besó en ambas mejillas y luego le entregó su maleta. ¡Adiós posibilidades! La señorita Tisdale había sido en todo momento muy agradable y simpática, pero, indudablemente, reservaba para el atractivo rubio lo que todos deseaban. Mala suerte.

Sin embargo, todos estaban equivocados.

La rubia que ellos habían conocido como Nora Tisdale era en realidad la periodista-espía Brigitte Montfort, cuyo nombre clave de «Baby» constaba en todos los archivos de espionaje del mundo con las máximas calificaciones de inteligencia y efectividad. Y el hombre que la había estado esperando no era su novio, marido o amante, sino Simón, un agente del Grupo de Acción de la CIA, en el que Baby era el más destacado elemento desde hacía años.

Y, en el breve espacio de tiempo que medió entre el desembarco de Nora Tisdale y la llegada de ambos al coche que Simón tenía cerca de allí, este había puesto al corriente de lo sucedido a aquella, sin extenderse demasiado, pues sabía que cualquier detalle digno de atención especial sería objeto de preguntas por parte de Baby.

Instalados ya los dos en el coche, Simón lo puso en marcha, y comenzaron a alejarse. Era una hermosa tarde llena de sol, que parecía oro en las casas de las colinas, y fuego rojo y azul en el refulgente, transparente mar.

—¿Qué opina? —preguntó por fin Simón, tras esperar en vano un comentario por parte de Baby.

—Que es absurdo.

El agente de la CIA asintió.

—Eso piensan todos en la casa. Todos los reunidos en ella, tanto los cubanos como los nuestros, son hombres que ya están de vuelta de muchas cosas, y desde luego, eso de las brujerías los deja más bien indiferentes. Sin embargo, el hecho cierto es que nuestro Andrew Saunders apareció muerto del modo que le he explicado… Y como único hecho insólito aquella noche, aparte de la muerte de Saunders, claro está, se oyeron los tambores de Apolinar.

Nora Tisdale dirigió una simpática mirada de reojo al espía que iba junto a ella.

—De donde se desprende —dijo con evidente ironía— que fue el tal Apolinar quien envió las agujas a clavarse en la cara y el corazón de Andrew Saunders.

—Cosas del vudú —argumentó Simón, mirándola también brevemente, con una seca sonrisita en los labios.

—Ya. Me las he visto en varias ocasiones con el vudú, y solamente una persona consiguió asombrarme verdaderamente… Quiero decir con esto que de ninguna manera desprecio el vudú,

pues tengo la certeza de que algunos de sus integrantes tienen realmente extraños poderes… Incluso yo he aprendido algunos trucos, gracias a la benevolencia de esa persona amiga…

—¡No me diga! —exclamó Simón—. ¿Usted sabe trucos de vudú?

—Bueno, no son propiamente «trucos», sino… el desarrollo de ciertas habilidades humanas, o facultades, como queramos llamarlas, que casi todos tenemos, pero que casi nadie consigue ser consciente de ello. Le aseguro que yo podría asombrarlo, e incluso asustarlo a usted un poco si me lo propusiera, Simón.

—Caramba, me gustaría que hiciera alguna de esas brujerías. Pero con cuidado, ¿eh?

—Lo dejaremos para mejor ocasión —casi sonrió Baby—… Hábleme de ese Apolinar. ¿Quién o qué es exactamente?

—Demonios, si usted está introducida en el vudú debería saber quién es Apolinar, Baby. Es nada menos que el Rey del Vudú en el Caribe.

La espía internacional frunció el ceño. ¿El Rey del Vudú en el Caribe? Bueno, eso sería con el permiso de su vieja amiga, la gordísima bruja Mabanga, con la que la agente Baby había corrido algunas aventuras y de la cual había aprendido algunas cosas sorprendentes en verdad.[1]

—¿Y cuándo fue la coronación de ese rey? —preguntó apaciblemente la divina espía—. No sé nada de ella, puesto que no fui invitada.

—Me parece que se lo toma usted a pitorreo.

—Me reservaré mi opinión definitiva hasta conocer a Apolinar. ¿Dónde podemos encontrarle?

—Ah, eso no es posible. Apolinar está en el Caribe, eso es todo.

—¿En todo el Caribe al mismo tiempo?

—Bueno, debemos suponer que no anda muy lejos de aquí, ya que hace tres noches oímos sus tambores, pero no sabemos dónde está exactamente.

—¿Y cómo saben ustedes que los tambores que oyeron eran los del brujo Apolinar?

—Caramba, todo el mundo en
St. George’s
lo dijo a la mañana siguiente: habían sido oídos los tambores de

Apolinar, lo que significaba que alguna desgracia había ocurrido o iba a ocurrir.

—¿Informaron ustedes a las autoridades o a alguien de lo que había ocurrido en la quina de la colina?

—¡Claro que no! —Respingó Simón.

—Es decir, que nadie salvo nosotros y los cubanos sabe que un hombre apareció muerto con varias agujas clavadas en el cuerpo.

—Exactamente. En cuanto al cadáver de Saunders, nos las arreglamos para enviarlo a Estados Unidos a la noche siguiente. Los cubanos aceptaron que llamásemos un helicóptero de nuestro grupo de respaldo, y así lo hicimos. Al mismo tiempo, pedimos que el grupo base de refuerzo informase a la Central de lo sucedido. Y evidentemente, la Central la avisó a usted.

Brigitte Montfort, alias Baby, y Nora Tisdale en aquella misión en Grenada, asintió, en silencio.

Sí, la CIA se las había arreglado para avisarla a ella, por medio de tío Charlie, es decir, por medio de Charles Alan Pitzer, Jefe del Sector New York de la CIA, y por tanto, jefe local de Baby, y una de las pocas personas que sabían dónde encontrar a esta en caso de que surgiesen problemas de auténtica envergadura. Así que ni corto ni perezoso, en cuanto Pitzer recibió la orden de la Central de que localizase a Baby como fuese, él le había enviado aquel telegrama a Villa Tartaruga, en la isla de Malta, donde ella descansaba de su última gran decepción y amargura producida por el espionaje y concretamente por la propia CIA.[2]

* * *

El telegrama decía exactamente:

ROGAMOS SU COLABORACIÓN PARA ASUNTO PAZ Y AMISTAD EN GRENADA ST.
GEORGE'S
stop URGENTE *stop* ABRAZOS Charlie

Había llegado a Villa Tartaruga a media tarde, cuando ella y Número Uno estaban en La Valetta, comprando algunas cosas para Brigitte. Al regresar, *Mamma* Maria, el ama de llaves de Número

Uno, se lo entregó a este, y Número Uno a su vez se lo entregó a Brigitte, que tras leerlo se lo había tendido a él, y luego lo había quemado, con la llama con que encendió un cigarrillo, después de decir:

—Están locos si piensan que pueden contar conmigo después de mi último disgusto.

—Estupendo —había dicho con su sobriedad de siempre Número Uno.

Y ya no se habló más del asunto. Ya más tarde, cuando se retiraron a descansar, parecía que el telegrama ni siquiera hubiese llegado a Villa Tartaruga. Estaban los dos desnudos en la cama, a oscuras el espacioso dormitorio, en el que solo entraba la luz de la luna. Se podían ver perfectamente el uno al otro, y tras el primer contacto de amor, Número Uno estaba besando de nuevo los senos de Brigitte, suavemente, delicadamente. Quizá la creía dormida, pero no era así. Número Uno notó en primer lugar el aumento de turgencia en los pechos de Brigitte, y luego, una de sus manos en la nuca, al tiempo que oía su suspiro dulcísimo que tan bien conocía.

—Perdona —susurró—… Te he despertado.

—No seas tonto —susurró también ella—… Sigue, mi amor, te lo ruego…

El silencio era total. Afuera, en el hermoso jardín de la quinta donde transcurría la mayor parte de la vida de Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos, había luz de luna y aroma de flores, eso era todo. Número Uno deslizó una mano por el vientre de Brigitte, en lenta caricia, mientras continuaba besándole los senos y el cuello. Ella le tomó la cabeza con ambas manos, y la atrajo, de modo que sus labios entraron en contacto… Y como siempre, número Uno, o Angelo Tomasini, o Clark Coleman, sintió dentro de él aquel dulce estallido que parecía hecho de brisa, de sol y de flores. Él era, posiblemente, uno de los hombres más escépticos y desilusionados del mundo, y tenía sus buenos motivos, por culpa también de la CIA. Pero tenía a Brigitte, era amado por ella, y eso compensaba de cualquier amargura. No importaba lo que le sucediese a Número Uno, no importaba nada, porque él tenía el amor de la agente Baby, y no se podía pedir más…

—Ahora —pidió Brigitte—… Ahora, mi amor…

Se fundieron en un largo abrazo, en un largo suspiro. Luego,

todavía dulcificada por aquel instante de felicidad y de amor, Brigitte se abrazó a Número Uno, y quedaron silenciosos, respirando uno junto a otro, cada uno de ellos sintiendo la presencia del otro en cuerpo y mente.

La compenetración era tal que, de pronto, Número Uno dijo:

—Te recordaré las palabras que me dijiste cuando llegaste aquí hace unos días. Refiriéndote a la CIA, dijiste exactamente: si tienen un mínimo de vergüenza jamás volverán a llamarme para que trabaje para ellos.

—Sí… Eso dije, mi amor. Palabra por palabra.

—Sin embargo, parece que no se trata de trabajar «para» la CIA exclusivamente, sino en un asunto de PAZ y AMISTAD.

—Sí… Así parece.

—Y la agente Baby es incapaz de rechazar una petición de colaboración de esa clase.

—Oh, ya te dije esta tarde que no pienso acudir, mi amor.

Número Uno se colocó de lado, sobre un codo. Besó a Brigitte primero en un hombro, luego en un pecho, después en la boca, y finalmente, dijo:

—Me parece bien que, como una terrible espía que eres, pretendas y consigas engañar a mucha gente, pero es una tontería que pretendas engañarme a mí. Y sobre todo, es una tontería que pretendas engañarte a ti misma.

—No pienso ir a Grenada —refunfuñó Brigitte.

—Me levantaré temprano, iré al aeropuerto, y prepararé mi avioneta para llevarte a Roma. De allí cualquier vuelo será bueno para emprender el viaje hacia el Caribe. ¿De acuerdo?

—O sea —murmuró ella—, que ya te has cansado de mi compañía.

Número Uno no contestó. Volvió a tenderse completamente, la abrazó, y eso fue todo…

* * *

Notó el contacto en el brazo, y se volvió, un poco sobresaltada. Junto a ella, Simón la miraba con curiosidad.

—¿Qué… qué ocurre?

—Hemos llegado —sonrió el espía—: ya estamos en la quinta de

la conferencia. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí…

Salió del coche, miró la hermosa casa de rojo tejado, y luego el amplio jardín que la rodeaba, formando terrazas. Había flores, altos árboles, setos… Era un lugar encantador en verdad. Abajo, el mar parecía un enorme espejo verdiazul; la ciudad, frente al mar, era como un gracioso juguete de insólitos colores.

En la puerta de la casa había dos hombres esperando, mirando atentamente a la recién llegada, que los clasificó con un rápido vistazo: un cubano y un norteamericano. Simón la tomó de un brazo, y la acompañó hacia allí.

—Los señores Robles y Griffin —presentó—… Ella es la agente Baby.

Walter Griffin se limitó a aceptar la mano de Nora Tisdale casi sonriendo. Inocencio Robles la miraba con mucha más curiosidad, y hasta parecía un tanto decepcionado. ¿Aquella rubia encantadora era la terrible agente Baby de la CIA, la que, según se había acordado muy juiciosamente iba a afrontar la resolución del problema creado por la muerte de Andrew Saunders?

—Los demás están esperando dentro para conocerla —dijo Griffin—… ¿Le apetece un aperitivo?

Nora Tisdale asintió, y antes de entrar en la casa se volvió a mirar de nuevo hacia el jardín. Había visto ya cuatro hombres, muy discretamente instalados para ejercer la vigilancia exterior. No hizo comentario alguno al respecto. Entraron todos en el saloncito, y los demás personajes fueron presentados a la espía. Poco después, con una copa de aperitivo en una mano, Nora Tisdale, sentada en un sillón, escuchaba atentamente, en silencio, la completa y prolija explicación de Walter Griffin, así como los comentarios que ocasionalmente hacía uno u otro de los norteamericanos o los cubanos.

No interrumpió ni una sola vez. Miraba al que hablaba, asentía, bebía un sorbito de *martini,* fumaba… Era como una preciosa muñeca extraordinaria, y solo sus ojos, grandes, inteligentes, de falso tono verde bajo las lentillas de contacto, parecían tener vida. Ni un músculo de su rostro se alteró durante las explicaciones, los detalles del estado en que había sido hallado Andrew Saunders, la descripción del sonido rítmico de los lejanos tambores, que

estuvieron oyéndose más de cinco minutos…

Cuando la explicación terminó, la reacción de la agente Baby sorprendió a todos:

—¿Les parece que cenemos ya?

—Sí, cuando guste —murmuró Griffin—… Bien, ¿qué opina de todo esto?

—Dígame una cosa: ¿pueden usted y los señores Weygand y Lambert proseguir las conversaciones con nuestros amigos cubanos aunque ya no cuenten con la colaboración de Saunders?

—Sí… Claro, sí, podemos seguir. Pero hemos interrumpido las conversaciones precisamente debido a…

—Prosigan con ellas. Yo me encargaré del resto.

Hubo cambios de miradas, algunas de ellas expresando una cierta decepción. El único que comprendió perfectamente a Nora Tisdale fue Simón, que había permanecido en pie, sin intervenir, pero lo hizo entonces.

—¿Tiene alguna orden especial para nosotros, Baby? —preguntó. Nueva decepción para todos cuando ella negó:

—No, Simón, gracias. Todo debe seguir igual.

—*Okay*.

Walter Griffin se removió inquieto en su sillón.

—¿Como si nada hubiera ocurrido? —farfulló.

—Para ustedes, sí —lo miró Baby—. Pero algo ha ocurrido, y de esa parte, como ya he dicho, me encargaré yo. Espero que tengan ustedes un buen cocinero en la casa.

—¿Le parece a usted razonable que nosotros prosigamos las conversaciones como si tal cosa? —preguntó Inocencio Robles.

—Han perdido ya tres días, según entiendo. ¿Qué han hecho durante ese tiempo? ¿Mirarse unos a otros con desconfianza, o quizá temer un nuevo ataque de vudú? Ustedes fueron seleccionados por La Habana, y Washington como personas bien equilibradas, inteligentes y eficaces. Evidentemente, la CIA ha convencido a Washington y a La Habana de que las conversaciones deben proseguir, y por eso los mantienen a ustedes todavía en la casa. ¿Preferiría usted marcharse, señor Robles? ¿Acaso no se da cuenta de que eso es precisamente lo que alguien se ha propuesto?

—Pero si el vudú… —empezó Ciriaco Baena.

—Vamos, señor Baena —frunció el ceño Baby—… ¿Realmente

cree usted que las agujas llegaron hasta el corazón de Andrew Saunders impulsadas por los sonidos de los tambores de Apolinar?

—¿Qué trata usted de decir exactamente? —Respingó Varela.

—Señor Varela, conozco muy bien el vudú, así que me he hecho una pregunta a mí misma: ¿en qué están ustedes perjudicando al vudú o al tal Apolinar conferenciando aquí sobre una posible y deseable reanudación de amistad entre Cuba y Estados Unidos?

—Bueno… No sé…

—Yo creo que en nada —sonrió la espía—. De todos modos, pronto saldremos de dudas…, cuando yo me entreviste con Apolinar.

—¿Sabe usted dónde está? —exclamó Baena.

—No. Pero sé cómo encontrarlo.

—¿Cómo?

—Ustedes hagan su trabajo. Yo haré el mío. Y gracias a todos por el valor demostrado al aceptar seguir con las conversaciones… Sinceramente: gracias. Y ahora, cenemos. Luego, con su permiso, me retiraré a descansar. He hecho un viaje muy largo y pesado para llegar aquí cuanto antes. Ah, quisiera saber algo antes de acostarme: ¿cuántas personas que tengan… amistad personal con ustedes saben que están reunidos aquí?

—¿Quiere decir usted personas ajenas al asunto, o sea, personalidades no oficiales? —preguntó a su vez Griffin.

—Eso último quiero decir exactamente.

—Pues, desde luego, yo no le dije a nadie adónde iba ni qué iba a hacer, y sé que mis compañeros tampoco lo han hecho.

—Muy bien. —Baby miró a Inocencio Robles—… ¿Señor Robles?

—Mire usted, nosotros ni siquiera sabíamos adónde nos enviaban hasta poco menos de una hora antes de emprender el viaje. Nos reunieron a todos pidiéndonos que llegásemos ya con nuestro equipaje, y salimos de viaje sin saber adónde nos traían.

—De acuerdo. Muchas gracias a todos.

* * *

Despertó de pronto. Inmediatamente, se sentó en la cama, y miró hacia la ventana, donde se veía el resplandor de la luna. Todo

estaba en calma, en silencio…

No.

No estaba en silencio, y por eso se había despertado. Incluso estando dormida, su fino oído había captado aquel rumor lejano.

Tum-tum-tumtum-tum-tum.

Los tambores.

Metió la mano bajo la almohada, agarró la pistolita de cachas de madreperla, y saltó de la cama. Por supuesto que no encendió la luz; se quedó pegada a la pared, mirando a todas partes, intentando ver en alguna parte de su habitación alguna sombra que no fuese adecuada al lugar. No había nada. A tientas; buscó la peluca rubia, y se la puso, y lo mismo hizo seguidamente con las lentillas de contacto, rápidamente.

Tum-tum-tumtum-tum-um-túm-tum-tumtum…

Se deslizó hacia la ventana, y miró hacia el jardín. Distinguió perfectamente las siluetas de dos hombres. Uno de ellos llevaba un rifle; el otro no parecía llevar arma alguna, pero era de suponer que empuñaba una pistola.

Otro hombre llegaba corriendo, procedente del pequeño arbolado, diciendo algo con voz excitada.

Baby se asomó a la ventana, y gritó:

—¡Rodeen la casa! ¡Pronto!

Desde abajo la llegó una voz de asentimiento, y los hombres se separaron, llamando a los otros que vigilaban en otras partes del jardín.

Baby corrió hacia la puerta de la habitación, la abrió, y se asomó al pasillo, que estaba iluminado solamente por un pequeño aplique de pared de dos bombillas. Salió, y se quedó en el centro, con la pistola lista para disparar en cualquier momento. Parecía que solo los hombres de fuera de la casa habían oído los tambores. Dentro, todo era silencio. Allí, al pasillo, el rumor de los tambores llegaba tan amortiguado que casi no se percibía.

—¡Griffin! —llamó Baby—. ¡Griffin, Robles!

De alguna parte le llegó una voz sobresaltada. Una puerta se abrió, y apareció Marcial Varela, con expresión espantada. Casi enseguida se abrió otra puerta, y apareció Griffin. Luego apareció Inocencio Robles, Weygand… En pocos segundos, todos estaban reunidos en el pasillo, en pijama. Nora Tisdale llevaba un

encantador camisoncito, pero ninguno de los hombres pareció reparar en ello, ni en las casi visibles formas espléndidas de la espía internacional.

—Falta Félix —jadeó Robles.

Todos miraron hacia una de las puertas que permanecían cerradas. Baby fue la primera en acercarse a una de ellas, pero Walter Griffin movió negativamente la cabeza, y señaló otra. La espía fue hacia allá, bajó la manilla, y empujó. Al abrir la puerta, el sonido de los tambores llegó más claramente a oídos de todos, penetrando por la abierta ventana de aquel dormitorio. La luz estaba apagada. Baby la encendió, mirando ya hacia la cama.

—¡Dios mío…! —exclamó Ciriaco Baena, mirando por encima del desnudo hombro femenino.

Ni siquiera hacía falta acercarse a la cama para ver que algo terrible había ocurrido.

Félix Cuétara estaba tapado solo con la sábana desde la mitad del tórax hacia abajo… A su alrededor, todo estaba manchado de sangre, en una enorme salpicadura, como si hubiese brotado de un pequeño pozo a presión.

Pero no había brotado de ningún pozo, sino de la garganta de Félix Cuétara, que había sido seccionada brutalmente. Inocencio Robles corrió hacia allí, y se quedó mirando horrorizado el tremendo tajo que iba prácticamente de oreja a oreja. Cuétara estaba lívido, parecía que su rostro era de yeso. Había en su boca, en todo su rostro, una mueca de dolor, de espanto, de sobresalto terrible.

—Lo… lo han degollado —tartamudeó Robles—… ¡Lo han degollado! ¡Esto no puede quedar…!

—Tranquilícese —murmuró Nora Tisdale, que estaba casi tan pálida como el degollado Cuétara—. No vamos a ganar nada si perdemos la serenidad, señor Robles.

Se volvió a mirar a los demás, que contemplaban estupefactos y aterrados a Félix Cuétara, todos agrupados, como protegiéndose unos con otros.

—¿Tienen armas? —preguntó.

—No —negó Griffin—… No hay armas dentro de la casa. Así se convino, nos pareció que acertadamente. Las armas no encajaban con la índole de esta conferencia privada. Solo los agentes de

seguridad de ambas partes están armados, para vigilar en el exterior.

—¿Y el cuchillo? —musitó Baena.

—¿Qué? —Lo miró desconcertado Griffin.

El cubano señaló a su compatriota degollado.

—Como quiera que se haya producido… eso, ha tenido que ser utilizado un cuchillo, ¿no?

Todos miraron alrededor, pero, ciertamente, no había cuchillo alguno a la vista. Luego, todos miraron hacia la ventana. Baby no tuvo que hacer esfuerzo alguno para adivinar lo que pensaban: alguno de los vigilantes del exterior, posiblemente el mismo que había matado a Andrew Saunders podía haber escalado la pared, para entrar por la ventana y luego de cometido el asesinato escapar por ella.

—No —negó la espía—… Demasiado evidente.

—Pues alguien lo ha hecho —dijo con voz ahogada James Lambert—. Porque no esperará usted que creamos que esto es cosa del vudú, ¿verdad?

—Todavía se oyen los tambores —susurró Baby.

—¿Y qué? —Saltó Robles—. ¡Los tambores no pueden matar a nadie!

—No se apresure tanto, señor Robles. Está claro que usted desconoce el vudú, pese a ser cubano.

—¿Está bromeando? —Casi gritó Robles—. ¡No pretenderá que creamos que Félix ha sido degollado a distancia por algún poder extraño!

—Bueno —frunció el ceño Baby—. En ese caso, hemos sido uno de nosotros. ¿Están de acuerdo?

Todos quedaron silenciosos, evitando mirarse. Baby miró su relojito de pulsera, de esfera luminosa.

Eran las tres y cuatro minutos de la madrugada.

—Será mejor que vayamos abajo, a ver si los vigilantes han encontrado o visto algo que pueda orientarnos. Desde luego, iremos todos juntos… Un momento, iré a ponerme algo encima.

Salieron del dormitorio de Cuétara, reparando todos entonces en la belleza de aquel cuerpo que parecía de oro bajo el livianísimo camisoncito azul. Baby entró en su dormitorio, se puso a toda prisa una falda y una blusa, y volvió a salir.

En cuestión de segundos todos estuvieron abajo. Abrieron la puerta y encendieron las luces de los lados de la casa. Todavía se oían los tambores, nítidamente, lejanos.

—¡Simón! —llamó Baby.

En el jardín se oyó una voz. El atlético rubio que había recibido a la espía internacional en St. George's apareció corriendo, sosteniendo un rifle con la mano izquierda. Llegó al porche, y movió la cabeza negativamente.

—No hemos visto nada. ¡Maldita sea, le aseguro que nadie ha entrado ni salido de la quinta! ¡Desde la otra noche aún tenemos los ojos más abiertos! Así que es imposible que... ¡Falta uno de ustedes!

—Está arriba, en su cama, degollado —dijo Nora.

Simón palideció. Miró velozmente de uno a otro personaje, y terminó mordiéndose los labios.

—Dios —barbotó—... ¡Por todos los...!

—Busquen bien. Tiene que haber algún rastro, alguna pista. Por insignificante que sea, tiene que haber alguna señal, algún indicio de... de algo, de lo que sea. ¿Tienen linternas?

—Claro.

—Utilícenlas. Griffin, señor Robles, vean si tienen ustedes todavía sus documentos... ¡Pero que nadie vaya solo en ningún momento! Los espero en el saloncito.

La salida del sol los encontró a todos reunidos en el saloncito. Salvo la muerte de Cuétara, nada había ocurrido, todo estaba en orden. Ni rastro de que alguien hubiese entrado o salido de la quinta.

Ni rastro del cuchillo. Todos esperaban la decisión final de la que, sin duda alguna, era la mejor espía del mundo.

—Hay dos alternativas —dijo de pronto Baby, tras contemplar el humo de su cigarrillo—: quedarse o marcharse.

—Lo más prudente —deslizó Lambert— sería marcharse.

—¡No señor! —explotó Inocencio Robles—. ¡Uno de mis compañeros ha sido asesinado, y no pienso marcharme de este lugar dejando las cosas así!

—Cálmese, Robles —intervino sosegadamente Griffin—. Recuerde que también ha muerto uno de mis compañeros. Lo prudente, como bien ha dicho James, sería marcharse. Sin embargo,

por lo menos en lo que a mí respecta, no hace mucho que todavía andaba por esos mundos haciendo cosas peligrosas. Se lo voy a decir bien claro a ustedes, en dos puntos. Uno, yo he venido aquí a cumplir una misión, y no pienso ser quien la abandone. Dos, a mí no hay quien me acobarde, sea con vudú o sin vudú.

—¡A mí tampoco me acojona nadie! —Casi gritó Robles—. ¡Y desde luego que si depende de mí nos quedamos todos!

—Si se quedan, les sugiero que duerman ocupando solamente dos habitaciones —dijo Baby—. Tres en cada una. Pueden hacerlo por bandos o mezclándose entre ustedes. Personalmente, opino que sería mejor mezclándose, lo cual pueden hacer por sorteo: tres en cada habitación. Ahora bien, si alguien prefiere marcharse, que lo diga ahora. ¿Alguno abandona el juego, caballeros?

Nadie quería abandonar el juego. Baby asintió, apagó el cigarrillo en el cenicero, y se puso en pie, mirando a Simón.

—Vaya a buscar el coche, por favor.

—¿Para qué quiere usted el coche? —saltó Robles.

—Para marcharme, evidentemente. Pero no estaré muy lejos: solo quiero encontrar a Apolinar… y sus tambores.

—Pero… su misión está aquí, con nosotros —musitó Griffin.

—No es así exactamente —negó Baby—. Mi misión tiene dos vertientes. Una de ellas, conseguir que esta conferencia preliminar se lleve a cabo de principio a fin. La otra, que ha surgido como complementaria, es encontrar la causa de las muertes de Saunders y Cuétara. Y ya que me parece… ingenuo y ofensivo pensar que el asesino es uno de los que estamos en la quinta, habrá que buscarlo fuera, ¿no les parece? Ustedes sigan con su trabajo, tomando toda clase de precauciones…, y yo les traeré al asesino, y les diré cómo y por qué está cometiendo estos asesinatos. ¿Alguna objeción?

No hubo objeción. Por su parte, Simón había salido ya en busca del coche, pues para él allí no había más director de escena que la agente Baby.

Esta subió a su dormitorio, hizo su equipaje, se vistió adecuadamente, y regresó al saloncito. Eran poco más de las cinco de la mañana.

—Adiós a todos. Mejor dicho: hasta pronto. Griffin, ¿quiere acompañarme al coche, por favor?

Walter Griffin salió de la casa con Nora Tisdale. Llegaron junto

al coche, Simón se sentó ante el volante, y la espía miró a Griffin.

—¿A qué hora sonaron los tambores la otra noche, cuando murió Saunders?

—A las tres de la madrugada.

—Eso es mucha exactitud, ¿no?

—Recuerdo perfectamente que miré mi reloj al poco de ver a Saunders muerto. Eran las tres y unos pocos minutos.

—Bien. Colaboren con los cubanos para la retirada del cadáver de Cuétara, si ellos lo desean o lo precisan. Estaremos en contacto por la onda radial del Caribe, por medio de las radios de bolsillo. Pero no me llamen ustedes a mí bajo ningún motivo. Y digo bajo ningún motivo.

—Está bien.

Nora Tisdale se sentó junto a Simón, le hizo una seña a este, y el motor zumbó. Segundos después, el coche rodaba hacia la salida de la hermosa quinta que comenzaba a teñirse de color rosa, dorado, rojizo… Un nuevo día. Otra muerte. De nuevo habían sonado los tambores de Apolinar. La pregunta era: ¿por última vez?

2

Nadie supo cómo ni procedente de dónde, pero lo cierto fue que ella apareció, como brotada de la nada, rondando los muelles de St. George’s

.

Era una negra espléndida, bellísima. Alta, elegante, flexible y de aspecto fuerte como el bambú. Grandes ojos oscuros, cabellos largos con muchos rizos que se ahuecaban en torno a su cabeza. Llevaba un vestido blanco, escotado, ligero, y sandalias del mismo color. Nada más verla, caminando con aquella gracia, llevando un maletín de color blanco en la mano izquierda, era como si de pronto soplase una fresca brisa de belleza felina.

Podía parecer o ser cualquier cosa menos lo que dijo que era:

—Soy Mabua Luna, la bruja —les dijo a unos cuantos negros que estaban por allí conversando excitadamente sobre los tambores de Apolinar, que habían sido oídos de nuevo aquella noche—… Y os digo a todos que no hay más vudú que el mío. Apolinar no es nada, no es nadie. ¿Todo lo que sabe hacer es tocar los tambores de noche? Decidle que me busque, y yo le enseñaré algunas cosas más. Decidle que si él es el Rey del Vudú, que venga a ver a la Reina.

Los negros habían quedado estupefactos. Pero ella se alejó de aquel grupo, y, siempre en las inmediaciones del muelle, buscó a otro grupo, ante el cual repitió su desafío. ¿El Rey del Vudú? Ella era la Reina, y podía enseñarle algunas cosas a Apolinar…, si es que este se atrevía a visitarla.

En otro grupo, preguntó:

—¿Alguien sabe dónde está Apolinar?

—En todas pactes del Caribe —le replicaron.

—Muy bien —rio deliciosamente la hermosa negra—. Yo no tengo ese don, pero sé que donde estoy, estoy, y mi presencia es fácil de notar por algo más que por el sonido de unos cuantos

tambores. ¿Sabéis quién soy?

—¿Quién eres?

—Mabua Luna, la Reina del Vudú en el Caribe…, y en todo el continente americano. Haced correr la voz de que si Apolinar sabe tocar unos tambores, yo puedo ofrecer algo más a mis adeptos. Mucho más. Puedo matar y resucitar una gallina, y puedo caminar sobre fuego… En cuanto a mis tambores, puedo hacerlos sonar solo con el poder de mi mente, no con mis manos. ¿Podría Apolinar hacer eso?

—¿Podrías hacerlo tú? —rio uno de los negros.

—Aquellos que quieran convencerse, que me busquen esta noche.

—¿Dónde estarás?

—Todos sabrán dónde estará Mabua Luna esta noche, porque alguno de vosotros comprenderá que yo soy la verdad, y me ofrecerá su casa. Pero advertid que aquel que lo haga, deberá abandonarla y dejármela solo para mí. Aquellos que quieran entrar en mi afecto, traerán una gallina y encenderán el fuego.

Dicho esto, Mabua Luna se alejó, todavía en busca de otro grupo.

Y a media tarde, cuando Mabua Luna estaba sentada en uno de los noráis del Puerto, contemplada a distancia por muchísimos negros y algunos blancos, una vieja diminuta, arrugada, seca, de raza negra, se acercó a ella, y se quedó mirándola de hito en hito.

—¿Eres la bruja? —preguntó.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Rosanna —sonrió la vieja, mostrando sus vacías encías—. Tengo una choza en la otra punta de la ciudad. Es tuya. Yo iré vivir con mis hijos mientras tú estés aquí.

—¿Tú también eres bruja? —entornó los párpados Mabua Luna.

La vieja sonrió de nuevo, y señaló hacia el otro extremo de la ciudad. Mabua Luna saltó del noray, se colocó junto a ella, y caminaron en silencio, observadas con gran expectación por los negros.

Efectivamente, muy pronto todos los interesados en el vudú supieron que la Reina del Vudú en el Caribe estaría aquella noche en la choza de la vieja bruja local Rosanna.

Y muy poco después del anochecer, los adeptos al vudú

comenzaron a llegar, en silencio. No uno, sino más de una docena se presentaron portando una gallina. Otros se dedicaron apenas llegar a encender un gran fuego sobre la tierra, y fueron echando en él grandes piedras que muy pronto se fueron tornando rojas La cortina de la choza de la vieja Rosanna estaba echada, de modo que nadie podía ver si Mabua Luna estaba o no estaba allí, pero nadie tenía ninguna duda al respecto.

Efectivamente, cuando ya el fuego estaba a punto, cuando ya las cenizas y las brasas habían sido retiradas y solo quedaban las piedras enrojecidas por el intenso calor, la cortina se descorrió, y Mabua Luna apareció, completamente desnuda. Todos los alientos quedaron en suspenso al ver a la roja luz de las antorchas el espléndido, magnífico cuerpo de la esbelta negra, cuyos senos vibraban elásticamente a cada paso. Era tan insólitamente hermosa que parecía irreal. El fuego parecía bailar sobre su piel tersa y fina, reluciente.

—No quiero hoy —dijo de pronto, tras detenerse— ningún sacrificio ni rito especial de locura. Quiero, hoy, que todos veáis y oigáis, y nada más. Cuando yo os lo diga, os marchareis, en silencio, y repetiréis lo que habéis visto y oído… Pero antes de empezar, haré una sola pregunta: ¿ha venido Apolinar?

Silencio. Silencio absoluto.

Todos pudieron ver la despectiva sonrisa de Mabua Luna, que se pasó las manos por el cuerpo, lentamente, haciendo vibrar sus pechos y sus caderas. Luego, se sentó, con las piernas cruzadas, cerró los ojos, y quedó tan inmóvil que, cinco minutos más tarde, todos creían que se había convertido en estatua.

Pero no era así.

De pronto, Mabua Luna abrió los ojos, alzó las manos, y retiró de entre sus cabellos un cuchillo de hoja fina y corta. Sosteniéndolo con la mano derecha, extendió la izquierda, y un negro se apresuró a acercarse con su gallina. Mabua Luna la tomó por el cuello. El negro volvió a sentarse en su sitio, formando parte del numeroso público que formaba un amplio semicírculo delante de la bruja. Esta, haciendo caso omiso del aleteo y rebullir de la gallina, la acercó a su rostro, y la mantuvo ante él, en alto. Apoyó la punta del cuchillo en la parte del pecho de la gallina, y comenzó a presionar, lentamente, muy lentamente sin dejar de mirar los enloquecidos

ojos del animal, que se agitaba con fuerza…

Pero, a medida que el cuchillo iba entrando en su cuerpo, la gallina fue perdiendo fuerzas, sus aleteos y cacareos fueron disminuyendo en cantidad y fuerza, hasta que, finalmente, quedó inerte, colgando por el cuello de la mano de Mabua Luna. Esta retiró el cuchillo, que goteó visiblemente sangre, y depositó el animal ante sus piernas, en el muslo de una de las cuales limpió la sangre del cuchillo, que ocultó de nuevo entre sus cabellos esponjados, rizadísimos.

El silencio era total. Todos contemplaban la gallina muerta mirando de cuando en cuando, expectantes, a Mabua Luna, que, de pronto señaló por encima de todos y hacia sus espaldas… Inmediatamente, comenzaron a oírse los tambores, justo en el lugar donde había señalado Mabua Luna. Todas las cabezas se volvieron rápidamente, pero nadie vio allí a nadie, ni vio tambores. Sin embargo, el sonido era perfectamente audible, nítido: bum-bumbum-bum-bum-bumbum… Mabua Luna hizo un gesto seco, y los tambores dejaron de sonar, en el acto. Los asistentes al poder de Mabua Luna comenzaron a hablar excitadamente, hasta que Mabua hizo otro gesto, y los tambores comenzaron de nuevo a sonar, ahora en otro, sitio… Sí, parecía que sonaban en la copa del frondoso árbol cercano, situado a la izquierda de Mabua Luna, cerca de la choza. Boquiabiertos, los negros miraban hacia el árbol. Mabua Luna hizo callar de nuevo los tambores, y exigió silencio con un gesto…, pero tardó algunos segundos en conseguirlo, porque alguien se dio cuenta de que la gallina se estaba moviendo en el suelo. Cuando, tras perentorio gesto, Mabua Luna consiguió el silencio, la gallina estaba de pie. La bruja la asió de nuevo por el cuello, y acercó la cabeza del animal a la suya, ante sus ojos… Hizo otro gesto, y los tambores sonaron de nuevo, en un sitio diferente, ahora por detrás de la choza. Y por allí se fueron perdiendo, alejándose, amortiguándose su sonido, hasta que dejó de oírse…

Para entonces, la gallina estaba de nuevo aleteando, intentando soltarse de la bella mano que la sujetaba férreamente por el cuello manteniéndola suspendida. Mabua Luna echó la gallina a un lado, y el animal, tras rodar por el suelo, quedó sobre sus patas, y comenzó a desplazarse de un lado a otro. Cuando parecía que iba a alejarse, su propietario saltó hacia ella, la agarró, la examinó, miró sus

manos manchadas de la sangre que había quedado en las plumas, y luego examinó rudamente a la gallina, que no tenía herida alguna.

En medio de un excitado rumor de comentarios, la gallina fue pasando de mano en mano, siendo examinada ávidamente por unos y otros. Y en eso estaban cuando Mabua Luna se puso en pie, caminó hacia el extremo del montón de piedras más alejado de la choza, y, dijo:

—Podéis marcharos. Mabua Luna se retira a descansar.

Las miradas de todos fueron hacia el fuego; luego, hacia los pies de Mabua Luna. La vieja Rosanna se acercó con agilidad de víbora a Mabua Luna, se arrodilló ante ella, y acercó sus ojillos a los pies de la hermosa bruja, que alzó uno tras otro, ofreciéndolos al examen. Cuando Rosanna fue a sentarse de nuevo en su sitio, todos sabían ya que aquellos pies no tenían nada especial. Si Rosanna los aceptaba, era que estaban como debían estar.

Mabua Luna permaneció un par de minutos delante de las brasas pétreas, cerrados los ojos, inmóvil. Incluso pareció que no respiraba. De pronto, dio un paso y se metió entre las piedras al rojo, caminando pausadamente en dirección a la choza. Ni un músculo de su rostro se movió, ni un estremecimiento recorrió su cuerpo. Colgando inertes los brazos, la cabeza erguida, la mirada alzada y difusa, Mabua Luna caminó despaciosamente por encima de las piedras al rojo, llegó al otro extremo, continuó caminando del mismo modo, y desapareció en el interior de la choza.

Eso fue todo.

La cortina cayó, y entonces, de nuevo y solo durante unos segundos, volvieron a oírse sus tambores, en alguna parte. O mejor dicho, en varias partes. Cuando los tambores dejaron de sonar, el silencio resultó terrible. Era como si no hubiese nadie allí… Pero sí había alguien. Más de doscientas personas de raza negra se pusieron en pie lentamente, y en completo silencio comenzaron a alejarse de la choza donde se había instalado, tras su demostración indiscutible, Mabua Luna, la bruja.

3

En alguna parte, muy cerca de la choza, se oía el canto de un ave nocturna. Dentro de la choza, Mabua Luna dormía, todavía desnuda, tendida sobre una manta vieja y sucia, con olor a animales. Pero, ciertamente, si el fuego no había alterado a la bellísima bruja negra, menos aún la iba a alterar el olor simple a animales.

De pronto, abrió los ojos, y en la oscuridad relució el tono blanco de las córneas.

El ave nocturna había dejado de cantar.

Mabua Luna se movió, quedando ligeramente de costado, de modo que miraba hacia la cortina, en la que había como un recuadro de azulada claridad de luna. Después de adoptar esta postura permaneció de nuevo inmóvil, respirando acompasadamente.

Tan solo unos segundos más tarde, la cortina comenzó a apartarse a un lado. En el hueco de la puerta destacó parte de la figura de un hombre. Una cabeza. Por la abertura entraba un resplandor lunar algo más claro que el que hacía destacar el saco. Y a ese resplandor, podía verse a Mabua Luna, como una reluciente perla negra. La cortina terminó su recorrido hacia un lado, y un hombre entró. Luego, otro. La cortina volvió a quedar ocultando la entrada, recortándose ahora en ella las figuras de los dos silenciosos intrusos, que esperaron casi un minuto, hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Luego, comenzaron a acercarse a la bruja, despacio. La tierra del suelo crujió levemente bajo sus pies, y ambos se detuvieron… Permanecieron inmóviles otro minuto, mirando fijamente el negro cuerpo yacente. Pero no hubo reacción alguna en Mabua Luna. El silencio era tal que ambos hombres oyeron perfectamente la acompasada respiración de la bruja.

Reanudaron su caminar hacia esta. Uno hizo una señal, y el otro se desvió, acercándose a la parte de la cabeza de Mabua. El que había hecho la señal se acercó por la parte de los pies. Llegaron junto a ella, y cada uno se inclinó por un lado. De pronto, el que estaba en la parte de la cabeza, se dejó caer de rodillas, y sus manos asieron fuertemente las muñecas de la bruja, mientras el otro, no menos rápidamente, saltaba sobre su vientre, entre las piernas, tras separarlas con un gesto rudo, violento.

—¡Mmmm…! —Reaccionó Mabua Luna.

—¡Sujétala bien! —jadeó el que estaba sobre ella—. ¡Luego la violarás tú!

En un instante, Mabua Luna se encontró tendida boca arriba y con un hombre sobre su vientre, buscando el contacto sexual, que ella percibió.

—¿Qué…? —exclamó.

—¡Calla, bruja! —jadeó el que estaba encima. El otro rio ahogadamente y dijo:

—Solo queremos gozar contigo… ¡Nos han dicho que eres muy hermosa!

El que estaba encima le había puesto las manos sobre los pechos, turgentes, elásticos. Mabua Luna se agitó, pero solo consiguió que el hombre lograse una brusca y ruda penetración, y acto seguido se dejó caer sobre ella, aplastándola, buscando la boca de la negra con la suya ávida, húmeda de saliva abundante. Los dientes del hombre mordieron los labios de Mabua, que emitió un gemido de dolor, y de nuevo se movió como una auténtica culebra, intentando escapar de la penetración de que había sido objeto. Pero el hombre que la estaba violando lanzó un rugido de satisfacción precisamente al moverse ella, y se lanzó en una vorágine brutal de deseo, empujando con fuerza, jadeando, lanzando rugidos de preludio del placer…

Las manos de Mabua Luna giraron, describiendo una extraña vuelta, un reducido círculo en el aire, y de este modo escaparon del cerco de los dedos del otro hombre, que lanzó una exclamación de sorpresa ante la facilidad con que la negra se había librado de su presa. Intentó rápidamente recuperar las muñecas de Mabua, pero esta ya estaba lanzando el primer golpe. Su mano derecha, de canto, golpeó sobre la oreja izquierda del hombre que tenía encima

rugiendo en el inicio del placer.

El hombre lanzó un berrido, y casi saltó. Simultáneamente, la mano izquierda de Mabua golpeaba de nuevo, ahora en el costado derecho del intruso sexual, que gritó de nuevo, perdido ya el contacto del placer, pues Mabua aprovechó su movimiento para contorsionarse de nuevo y echarlo a un lado, junto a ella, comenzando a incorporarse acto seguido, velozmente. Pero el otro hombre le cayó sobre la espalda, y sus brazos le rodearon el torso, cruzando las manos de modo que cada una de ellas aplastó un pecho…

—¡Sujétala bien! —barbotó el otro, colocándose de rodillas.

Intentó de nuevo colocarse en el lugar del placer, pero Mabua Luna juntó las piernas con fuerza, las flexionó, y las distendió bruscamente, golpeando con los dos pies en los genitales del hombre, que lanzó un ahogado aullido y retrocedió, llevándose las manos al lugar golpeado, que había quedado inepto para sus propósitos. El dolor era tan intenso que el hombre se tambaleó, a punto de caer. El otro hombre, siempre sujetando a Mabua por detrás, gruñía entre asombrado y asustado, pues la negra parecía girar entre sus brazos como un tornillo, pese a la fuerza que ponía en el grosero abrazo…

—¡Se me está escapando! —gritó.

El que estaba dolorido ante ambos lanzó una maldición, y llevó una mano al bolsillo, sacando rápidamente algo que parecía una cuerda, y que osciló ante los ojos de Mabua Luna.

—¡No la sueltes! ¡La muy perra…! ¡La voy a matar, sin más consideraciones!

Sujetó un extremo de aquella especie de cuerda con cada mano, e intentó pasar detrás de su compañero y de Mabua. Tropezó con las piernas de esta, pero finalmente llegó detrás, y aquello que parecía una cuerda pasó ante los ojos de la negra y fue a incrustarse en su garganta, comenzando a presionar en esta.

Mabua Luna terminó de girar entonces. Se escabulló de entre las manos y los brazos del hombre que la sujetaba, se deslizó por el suelo alejándose de él, giró, y se puso en pie. Su figura espléndida quedó recortada en la claridad de la cortina. Su pierna derecha se movió, alzándose, al mismo tiempo que el hombre que la había sujetado comenzaba a ponerse en pie.

¡*Crack*!, crujió la mandíbula del hombre, al recibir de lleno el impacto del pie de Mabua. El hombre salió despedido hacia atrás, sin haber proferido más que apenas un gemido, más bien un estertor; se oyó el sordo choque de su cuerpo en el piso de tierra. El otro hombre se había erguido, y todavía ocupadas sus manos con lo que parecía un trozo de cuerda, miraba despavorido aquella negra silueta…, que cargaba contra él. Dejó caer la cuerda, metió la mano de nuevo en el bolsillo, y sacó la navaja automática, cuya reluciente hoja apareció con seco chasquido…, en el momento en que la bruja caía sobre él.

Un rodillazo de nuevo en los genitales hizo aullar al desdichado, que retrocedió a trompicones, soltando la navaja y llevándose otra vez las manos a la parte dolorida. Ante él, Mabua Luna se inclinó y recogió la reluciente navaja.

—Ahora verás —jadeó—. Querías violarme, ¿eh? ¡Pues te voy a cortar algo de modo que nunca más podrás intentarlo!

Cargó hacia el hombre, que lanzó un grito de terror. El terror que provocaba en él aquella negra increíble que habían considerado fácil presa y que ahora era como una pantera atacando un par de corderillos…

La navaja lanzó miles de destellos desplazándose velozmente en el aire.

¡Chock!, sonó el impacto del acero en el cuerpo del hombre. Este lanzó un aullido, se apartó, y se llevó ahora las manos al lugar donde se había hundido el acero, en el costado, notando el calor y la viscosidad de la sangre.

—Ven, hombre macho, ven —susurró Mabua Luna, acercándose a él despacio, exactamente como un felino.

El hombre gritó de nuevo, y se lanzó hacia la puerta. Salió corriendo como un loco, llevándose por delante la cortina, que arrancó fácilmente, pues estaba media podrida. Tras él, vibrante su cuerpo de pantera, salió Mabua Luna, blandiendo la navaja…, pero el hombre, pese a todo su dolor, corría enloquecido, y enseguida desapareció entre los arbustos, dejando tras él un rastro de dolor y de sangre.

Durante dos minutos todavía estuvo corriendo todo cuanto pudo, hasta que, finalmente, sin resuello, tuvo que detenerse. Su rostro, estaba lívido, demudado. Permaneció allí unos segundos,

tambaleante, estremeciéndose de cuando en cuando, volviendo la cabeza… Pero no. La bruja no le seguía.

Reanudó la marcha, lentamente ahora, crispado el rostro por el dolor. La herida era dolorosa, pero no peligrosa. Sabía que podría llegar a su destino.

¿O no? Se detuvo, jadeante. La cabeza le daba vueltas…

—¿Quién hay ahí? —Oyó la bronca voz, entre los arbustos—. ¡Quieto o disparo!

El hombre respingó. Luego, quedó inmóvil. Cerca de él oyó un rumor entre los arbustos, que se apartaron enseguida. Apareció un hombre, en cuya mano se veía el brillo de una pistola. Un hombre alto, de hombros anchos, un auténtico atleta. Eso fue todo lo que el herido pudo ver, de momento.

—¿Quién es? ¿Qué busca por aquí? —Gruñó la misma voz acre, áspera, de nuevo en español.

—Estoy… estoy herido —jadeó el hombre—… Me han asaltado y me… me han herido…

—Póngase de espaldas a mí —ordenó el otro. El herido obedeció.

Oyó los quedos pasos, y alzó los brazos en un evidente y doloroso intento de que el hombre armado se tranquilizase. Notó una mano por el cuerpo, registrándolo hábilmente, y oyó el gruñido cuando aquella mano pasó sobre la herida.

—Está bien, venga conmigo —oyó.

Se volvió. El otro había apartado los arbustos, y el herido pasó por el hueco. Detrás de los arbustos había algo en el suelo, con lo que tropezó. El otro se inclinó, asió aquello, y lo arrastró. Era una manta, que segundos después quedaba en un pequeño claro, iluminada por la luna.

—Tiéndase ahí. Veré si puedo hacer algo por usted.

El herido se tendió sobre la manta.

El otro guardó la pistola, y se arrodilló a su lado. Vio la sangre en el costado, refunfuñó algo, y enseguida se oyó el frotar de una cerilla, cuya luz cayó sobre la herida.

—Demonios… Lo siento, amigo, pero me parece que no voy a poder ayudarle. Tiene un buen boquete. Lo mejor será que vaya a un médico. ¿Puede seguir caminando?

—No sé… Creo que sí. Ayúdeme… Le pagaré bien.

—¿De veras? Hombre, eso me gusta. Está bien, vamos allá. A la ciudad, supongo.

—Sí… Sí, sí, iremos… a una casa donde tengo amigos.

—Lo que necesita usted es un médico, no amigos.

—Ellos… me conseguirán el médico.

—De acuerdo. Bueno, póngase en pie, demonios… Todo lo que tengo es esta manta, y no quiero perderla.

Lo ayudó a ponerse en pie. Luego, recogió la manta, la enrolló, y se la colocó bajo un brazo, pasando el otro por la cintura del herido.

—Vamos allá. ¿Sabe?: ha estado usted a punto de recibir un balazo en la cabeza. Cuando me despiertan me pongo muy nervioso.

—¿Estaba usted… durmiendo ahí?

—No creerá que estaba celebrando una fiesta, ¿eh? —Gruñó el de la pistola.

—No es lugar… para dormir.

—Bueno, consígame una *suite* en el San Jorge, o deme el dinero para pagarla, y ya verá como también sé dormir en una cama.

—¿No tiene dinero?

—Ni un jodido peso. Hombre, a propósito, se me está ocurriendo que…

—Espere —respingó el herido—… ¡Espere, espere! No llevo encima ninguna cantidad importante, no sería… negocio para usted quitarme de en medio. Lléveme a donde le diré, y sus… sus problemas de dinero habrán terminado.

—Aleluya —dijo el otro, sarcástico—. Pero si va a ofrecerme un empleo, puede metérselo en el culo. Estoy harto de que me exploten.

Habían salido ya al camino. El herido giró la cabeza, y vio bien el rostro de su salvador. Un rostro de facciones firmes, ocultas en la parte inferior por una barba de varios días. Nariz aguileña, cabellos revueltos, boca dura como un tajo en una piedra…

—Me da la impresión de que usted es… un tipo de cuidado. Creo que le encontraré algo que le gustará. Y le prometo cien dólares en cuanto lleguemos junto a mis amigos.

—¡No me diga!

—Se lo juro… ¡Se lo juro, le daré cien dólares americanos y le proporcionaré un trabajo que estoy seguro será de su agrado!

—Está bien, ya veremos si eso es cierto. Me han engañado tantas

veces que una más no importa… Aunque será mejor para todos que no me hagan enfadar demasiado. Tengo muy mala leche.

—¡Mejor! —rio el herido, lanzando un gemido enseguida—. Precisamente, son tipos como usted los que nosotros necesitamos.

—Pues qué bien. Ya me lo decía mi madre…, que en gloria esté: hijo mío, cualquier día aparecerá la fortuna ante ti. Y parece que el momento ha llegado, ¿verdad?

—No se arrepentirá de ayudarme. ¿Cómo se llama?

—Carlos. ¿Y usted?

—Pedro Morales. Ayúdame, Carlos, y estarás camino de la fortuna.

—Cojonudo, muchacho —exclamó con sorna el llamado Carlos —… ¡Vamos allá!

* * *

Atrás fue quedando la choza ocupada por la bruja Mabua Luna.

Y dentro de la choza, Mabua Luna, contemplando la culebra muerta que tenía en las manos. Una culebra muerta. No habían intentado estrangularla con una cuerda, no; lo habían intentado con una culebra muerta. Esto era lo que el frustrado violador había sacado del bolsillo y lo que había utilizado para apretar la garganta de la bella negra.

Pero a los dos asaltantes nada les había salido bien. Ni habían conseguido consumar la violación, ni la habían matado luego estrangulándola con una culebra muerta.

Una culebra muerta…

El ceño de Mabua Luna se frunció, de pronto, cuando comenzaron a sonar los tambores. Alzó la cabeza, y estuvo escuchando unos segundos… Tum-tum-tumtum-tum-tum…

—Los tambores de Apolinar —susurró.

Todo tenía significado ahora. Al menos, para la inteligente mente de Mabua Luna.

¿Qué habría ocurrido si aquellos hombres hubiesen conseguido estrangularla con la culebra muerta? Pues que, al día siguiente, la bruja Mabua Luna habría sido hallada muerta de tan espectacular modo, y todos habrían dicho que Apolinar la había vencido sin hacer siquiera acto de presencia, simplemente, enviando contra ella

una culebra que tras estrangularla había muerto, quedando enroscada en su cuello.

—Seguro que son las tres de la madrugada —dijo, también en voz alta, sonriendo—… O algunos minutos más ahora, claro.

Pero esta vez, los tambores de Apolinar estaban tocando en falso. Ciertamente, se había producido una muerte: la del hombre que yacía en el suelo, con la mandíbula y la base del cráneo rotas por un solo golpe.

Pero, también ciertamente, no debía de ser aquella la presa que habían elegido los tambores de Apolinar…

* * *

Carlos se había detenido en seco, y su rostro barbudo se había alzado, atento el gesto.

—Otra vez —murmuró—… Ya he oído otras noches esos tambores. Algo malo ha ocurrido…, según dicen. ¿Los oyes?

—Sí —masculló Morales—… Pero no hagas caso. Sigamos. Ya estamos llegando.

En efecto, ante ellos tenían las primeras casas de
St. George's
. Carlos encogió los hombros, y continuó caminando, siempre ayudando a Morales a hacerlo. Se adentraron en la población, y cuatro o cinco minutos después, Morales señalaba una de las casas de dos pisos. En silencio, fueron hacia allá, y Morales pulsó al timbre cuando se detuvieron ante la puerta.

Ya no se oían los tambores.

La puerta se abrió, y un hombre que tenía una sonrisita en los labios palideció al ver a Morales y Carlos, la sonrisita quedó como congelada.

—¡¿Qué ha pasado?! —exclamó.

—Este es Carlos —murmuró el herido—… Déjanos pasar, y buscadme un médico cuanto antes: estoy herido.

4

El hombre que decía llamarse Lorenzo Lage se acercó a Carlos, y le tendió unos billetes.

—Tus cien dólares.

—Gracias —se los embolsó tranquilamente Carlos.

Luego, continuó fumando, de pie junto a la cama en la que Pedro Morales, ya atendido por un médico, yacía más tranquilo, vendado el torso, y fuera de todo peligro, pues la herida, aunque profunda y aparatosa, no implicaba riesgo de muerte en absoluto. El médico se había marchado ya, y ahora, aliviada la tensión de todos los hombres que habitaban en aquella casa, pareció que dedicaban más atención al llamado Carlos.

Este, con el cigarrillo colgando de los labios, miraba con el ceño fruncido a Morales, como si no reparase en que el centro de la atención de los demás era él. Sí, era alto, atlético, de ojos oscuros, nariz aguileña, piel intensamente bronceada, manos grandes, fuertes… Sus ropas eran poco más que harapos, estaba barbudo, y, sin duda alguna, tenía cara de auténtica mala leche.

—Carlos… ¿qué más? —preguntó de pronto Lage.

—Alcázar —lo miró al barbudo—… Carlos Alcázar.

—¿Suramericano?

—Claro. Argentino. ¿No se me nota? —Lorenzo Lage encogió los hombros.

—¿Para qué quieres una pistola?

Carlos Alcázar le dirigió una torva mirada, siempre fruncido el ceño. De pronto, sonrió, y pareció olvidar la pregunta. Lorenzo Lage también sonrió, secamente.

—Supongo que no has tenido ningún lío con la policía de Grenada —dijo.

—Hasta el momento, no. Pero ya se me estaban hinchando las narices, y cualquier día… Bueno, eso ya pasó. Con cien dólares en

el bolsillo, ya no hace falta que me complique la vida. ¡Mierda de isla…! Aquí tienen más oportunidades los negros que los forasteros.

—Depende —murmuró Lage—… ¿Tienes algún compromiso con alguien?

—Claro que no.

—Bien. ¿Qué sabes hacer?

—Todo y nada. Pero desde luego, a mí no se me escaparía una negra, por muy bruja que fuese.

Soltó un bufido de desprecio, mirando a Morales, que se estaba adormilando, y que pareció no oírlo. Los demás hombres, nueve en total, seguían mirando con atención a Carlos Alcázar. Ninguno se sorprendió por sus palabras, ya que Carlos había escuchado la explicación de Morales a Lorenzo Lage, y, lógicamente, había comprendido lo ocurrido.

—Entonces… ¿por qué no vas tú a matarla? —sonrió Lage. Alcázar lo miró como sorprendido.

—¿A una cochina negra? —desdeñó—. Bueno, si esa es la clase de trabajos «importantes» que podéis ofrecerme, será mejor que me largue. A mí no me gustan las canalladas pequeñas. Si me gustasen, no habría estado durmiendo en el campo, ¿comprendes? Tengo una pistola, y con ella podía desvalijar a cualquier desdichado.

—¿Por qué no lo hiciste? Al menos, habrías tenido para pagarte un hotel.

—Escucha, yo no me complico la vida en una isla que es una ratonera solo por unos cuantos centavos, ¿comprendes? Te diré lo que voy a hacer: con estos cien dólares adquiriré un pasaje para largarme de este peñasco, y que os den por culo a todos… ¿Qué demonios me importa a mí una simple negra?

—Tranquilo —casi rio Lage—… Eso podría ser solamente tu certificado de ingreso en el grupo. Nosotros no estamos aquí para hacer pequeñeces, pero a veces hay algunos trabajillos que tenemos que hacer y que ni siquiera los comprendemos. Pero desde luego, no estamos en Grenada para matar negras.

—¿Para qué estáis aquí? —Alzó las cejas Carlos.

—Te lo diré a mi manera: ¿te gustaría ganar veinticinco mil dólares?

—¿Dólares americanos?

—Naturalmente.

—Es una broma —sonrió ceñudamente Alcázar.

—No lo es. Te diré lo que has de hacer si quieres ganarlos Ve a matar a esa negra, y a ver qué ha pasado con López. Luego, vuelve aquí, te integras en el grupo bajo mis órdenes, y eso será todo, hasta que llegue el momento de la acción final…, que quizá ni siquiera llegue a ser necesaria.

—¿Qué acción final?

—Una que te reportará veinticinco mil dólares.

Carlos Alcázar fue mirando de uno en uno, rápidamente, a los demás hombres, que permanecían silenciosos. Por fin, mirando de nuevo Lage, asintió.

—De acuerdo. Voy a por esa negra ahora mismo.

—Estupendo. Carrasco y Villena irán contigo. Yo creo que la bruja se habrá apresurado a escapar, y estará oculta por ahí, pero hay que intentarlo. Y sobre todo, tenemos que saber qué ha pasado con López, el que fue allá con Morales. ¿De acuerdo? Carrasco, id en el coche.

—Está bien. Vamos, muchachos.

* * *

Habían dejado el coche a prudente distancia, para llegar a pie cerca de la choza. Todo estaba en silencio.

—Esa se ha largado, seguro —masculló Villena.

—Claro —encogió los hombros Carrasco—. Pero tenemos que saber qué ha pasado con López. Si está muerto, y lo encuentran por aquí, las cosas podrían complicarse, porque mucha gente de la ciudad lo ha estado viendo estos días con nosotros.

—Menos charla y vamos allá —gruñó Alcázar, sacando su pistola—… Dame la linterna.

Carrasco le entregó la linterna, y salieron los tres de detrás de los matorrales. Se acercaron sigilosamente a la choza, llegaron ante el hueco de la puerta, y se colocaron a los lados, escuchando. La acción de Carlos Alcázar sorprendió a los otros dos: encendió la linterna, entró rápidamente, pistola por delante, y ordenó:

—¡Quieta, bruja!

Sobre la manta, la desnuda Mabua Luna se había sentado rápidamente, sobresaltada. Sus grandes ojos, muy abiertos,

deslumbrados, reflejaron la luz de la linterna.

Carrasco y Villena, que habían seguido precipitadamente a Carlos, lanzaron una exclamación al verla.

—¡Está aquí! ¡La muy…!

—¡Cuidado! —gritó Villena.

Mabua Luna se había echado hacia un lado, tomó algo, y su brazo derecho se movió. Hubo un centelleo a la luz de la linterna, y Carrasco gritó cuando Alcázar lo empujó hacia un lado, derribándolo. La navaja pasó silbando por encima de ellos, y fue a clavarse en la pared de la choza.

—¡La madre que te parió…! —jadeó Villena, saltando hacia la negra.

Fue recibido en el aire por el elástico cuerpo femenino, en el que pareció montarse, para salir disparado inmediatamente por encima volando hacia la pared, contra la que se estrelló, haciendo crujir toda choza. Cayó de cabeza al suelo, rebotó, y quedó sentado, con los ojos bailándole en las órbitas.

Mientras tanto, Mabua Luna corría hacia la puerta, aprovechando que Alcázar y Carrasco todavía estaban en el suelo. Su intento de fuga no tuvo éxito, porque Alcázar reaccionó velozmente, saltando hacia sus pies. Se agarró a ellos, la derribó, pasó a colocarse encima de ella, y una de sus manos se apoyó en un lado del cuello de Mabua Luna, apretando. La bruja lanzó un alarido, pareció brincar, y acto seguido quedó inmóvil, inerte.

—¡Métele una bala en su agujero! —Casi chilló Carrasco, ya en pie y todavía lívido por el susto—. ¡La muy bruja que el demonio se lleve…!

—Ayuda a Villena —gruñó Carlos Alcázar.

Carrasco se apresuró a ayudar a Villena a ponerse en pie. Este sacudió la cabeza, miró a la negra, y lanzó un resoplido de furia. Fue a donde se había clavado la navaja, la desclavó, y se colocó junto Alcázar, que continuaba sentado sobre el vientre de Mabua Luna.

—Aparta —gruñó—: ¡la voy a abrir en canal, como a una maldita cerda negra que es!

—Tranquilo. Tenemos que saber qué ha pasado con López, ¿no? Y eso, solo ella puede decírnoslo. Vamos a ver —la luz de la linterna se movió de un lado a otro—… Traed esas cañas de bambú

y ved si encontráis unas cuerdas, o algo que sirva para el caso.

En menos de tres minutos, Mabua Luna había sido amarrada de pies y manos a dos cañas de bambú; una, por encima de su cabeza, para sus manos, y otra para los pies. Cuando terminó rápidamente con esta labor, Alcázar se puso en pie, y recorrió el espléndido cuerpo con la luz de la linterna.

—Verdaderamente, es hermosa —susurró, y de pronto sonrió—… Lástima que sea una bruja, ¿verdad? Pero se me ocurre algo para quitarle los demonios del cuerpo. Y esta vez no va a salir tan bien librada como cuando vinieron López y Morales… Sostén la linterna, Villegas.

Este se hizo cargo de la linterna, y Alcázar se acuclilló junto a Mabua Luna, a la que hizo recobrar el conocimiento con unos suaves golpecitos en las mejillas. Ella se sobresaltó, miró de uno a otro, y comenzó a hablar excitadamente en un idioma que pareció desconocido para los tres hombres, a juzgar por su desconcierto.

—Bueno, bueno —mascullió Carlos—… Deja de lanzarnos maldiciones, bruja. ¿Dónde está el hombre que se quedó aquí?

Mabua volvió la cara hacia él, volvió a gritar algo, y, de pronto, escupió al rostro de Alcázar. Carrasco y Villena lanzaron sendas exclamaciones, pero Carlos no se alteró. Les hizo un gesto para que no se movieran, y, muy sereno, se limpió la saliva de la cara. Luego, tras limpiarse la mano, la pasó por los pechos de Mabua Luna, que se agitó en vano.

—No sé si eres una bruja o una loca —susurró—… Debiste marcharte de aquí.

Pero ya que no lo has hecho, nos serás útil antes de que terminemos contigo, que es lo que nos han ordenado. Bien: ¿dónde está el hombre, qué le ha ocurrido?

Mabua Luna pareció dispuesta a escupir de nuevo, pero Carlos Alcázar le tapó rápidamente la boca con una mano. Luego, farfulló:

—Te voy a quitar los demonios del cuerpo, bruja. ¿Dónde está el hombre?

Mabua Luna mordió la mano de Alcázar. Este lanzó un breve grito, y ya sin más, furioso, saltó sobre el cuerpo de ébano.

—¡Házselo! —gritó Carrasco—. ¡Dale fuerte, que luego seguiremos nosotros!

Mabua Luna lanzó un alarido cuando se produjo la violación.

Carlos Alcázar quedó inmóvil, entonces.

—¿Dónde está el hombre? —insistió.

—¡Detrás… de la choza! ¡Lo enterré detrás de la choza! ¡Lo enterré! —chilló Mabua Luna—. ¡No sigas…!

—¡Sigue! —Aulló Carrasco—. ¡Poséela, Carlos, duro con ella!

—A Lorenzo le gustará saberlo —rio Villena—… ¡Dale hasta el fondo!

Carlos Alcázar miró de reojo al otro hombre. Luego, continuó usando de su privilegiada situación sobre el cuerpo de Mabua Luna… Tres minutos más tarde, ella dejaba de jadear y moverse en vana resistencia, y Carlos Alcázar se ponía en pie. Carrasco lo apartó, y se dispuso a saltar sobre la negra, pero Carlos lo retuvo por un brazo.

—Déjala.

—¡Qué dices…! ¡Tú lo has hecho, y yo también quiero hacerlo!

—No tenemos tanto tiempo, lo siento; pronto será de día. Tenemos que ir a desenterrar el cadáver de López, llevarlo al coche, matarla a ella con la culebra muerta… ¡No hay tiempo!

—¡Id tú y Villena a hacer eso! Luego, te ayudaré yo a llevar a López al coche, y Villena podrá poseerla también.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Villena—. ¡Vamos, Carlos, no perdamos más tiempo!

—Es una bruja —murmuró Alcázar—… No me parece prudente que Carrasco se quede solo con ella. Mientras lo he hecho yo, vosotros habéis estado vigilando, pero ahora…

—¡No puede hacer nada, tal como está! —Rio nerviosamente Carrasco—. ¡Quiero hacerlo!

Carlos Alcázar miró a Mabua Luna, que iba mirando de uno a otro hombre, crispado el hermoso rostro.

—Está bien —dijo Alcázar—. Vamos, Villena.

Salieron los dos de la choza, dejando la linterna encendida en el suelo. En efecto, por el este comenzaba a verse la primera claridad del nuevo día; apenas una raya levemente menos oscura que la noche estrellada.

Carrasco miró a Mabua Luna, se pasó la lengua por los labios, y, de pronto, sonrió, y comenzó a desabrocharse el pantalón. Cuando lo hubo hecho, lanzó otra risotada, saltó sobre el cuerpo de Mabua Luna… Esta se incorporó, como si fuese un muelle de acero,

quedando sentada. Pero no hizo solo eso, sino que su esbelta cintura que parecía de seda y de caucho, giró, y el extremo de la caña al que tenía atada su mano derecha, fue hacia la cabeza de Carrasco.

¡Cloc!, sonó el golpe que empujó a Carrasco hacia la izquierda… El canalla abrió la boca para gritar, pero el otro extremo de la caña acudía ya el encuentro de su cabeza por el otro lado.

¡Cloc!, sonó de nuevo su cabeza. Carrasco cayó de lado junto a Mabua Luna, que lo miró dispuesta a seguir utilizando de modo tan magistral la caña de bambú, pero Carrasco ya no se movió.

Mabua Luna plegó cuanto pudo el pulgar de su mano derecha, sin flexionarlo, acercándolo a la palma de la mano, hasta conseguir que esta quedase encogida al máximo. Entonces, suavemente, tiró de ella, liberándola de la cuerda. En cuestión de segundos, su otra mano y los pies quedaron libres. Se puso en pie, recogió del fondo de la choza su maletín blanco y sus ropas, y salió de la cabaña, perdiéndose en la última oscuridad de la noche.

* * *

—¡La lástima es que no te rompiese la cabeza completamente! —farfulló Lorenzo Lage.

Carrasco le miró mohíno, y no contestó. Tenía vendada la cabeza, y se hallaba sentado junto a la cama donde yacía Morales, que le contemplaba con expresión entre irritada y socarrona. Junto a Carrasco estaba Villena, también sombrío y silencioso.

—Y se lo advertí —dijo Carlos—… Le dije bien claramente que no era prudente que se quedase solo con ella. Pero parece que al verme a mí pasarlo tan ricamente, no pudo resistir el deseo.

—Lo comprendo —sonrió Morales—… Yo casi lo conseguí, y me imagino que has debido de pasarlo muy bien, Carlos… ¡Como yo encuentre a esa bruja!

—Seguro que ahora no la encontraremos —negó Carlos—… Quizá se quedó después de ir vosotros a por ella porque pensó que erais solo unos asaltantes, o algo parecido, pero me apostaría los pendientes a que ahora debe de estar bien lejos de esa choza.

—Pues hay que encontrarla —mascultó Lorenzo Lage—… ¡Hay que encontrarla y matarla de modo que…! Bueno, del modo que ya sabéis. Hay que demostrar que ella no es nada comparada con…

Se detuvo.

—¿Con quién? —Se interesó Carlos—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada. Bueno, en cuanto a ti, por lo que me habéis contado, lo has hecho bien, Carlos, así que, salvo que me indiquen lo contrario, cosa que dudo, quedas contratado. De todos modos, ahora que esa bruja ha escapado, no sé cómo debemos enfocar lo que sigue… Tendré que ir a *Sugar* a pedir instrucciones. Que nadie salga de la casa hasta mi regreso: no quiero más complicaciones. ¿De acuerdo?

—No les va a gustar el fracaso —murmuró uno de los sujetos.

—Intentaré explicarlo de modo que tenga algo de disculpa, aunque no sé cómo… En fin, ¡algo se me ocurrirá! No salgáis de la casa.

5

Simón entró en la casa con aspecto satisfecho, entró en el salón, donde estaban reunidos los tres norteamericanos, los tres cubanos y Nora Tisdale, y, mirando a esta, asintió, al tiempo que decía:

—Todo preparado: ahí fuera tiene el Land Rover, convincentemente cubierto de polvo. ¿Llevo su maleta allá?

—Esperaremos —sonrió la bella Nora Tisdale—… No sé todavía cuándo tendré que marcharme. Gracias por todo, Simón.

—Pídame más cosas —sonrió el agente de la CIA.

—Todo llegará. O quizá ya ha llegado el momento: ¿sería tan amable de servirme otro café? Y sírvase usted un trago de algo.

—Siempre es rentable colaborar con usted —sonrió Simón—. La verdad es que tengo la garganta seca: eso de andar por esos caminos para que el Land Rover se cubriese de polvo no es precisamente agradable. Tomaré un *whisky*. ¿Alguno de ustedes quiere un trago?

Lambert y Baena alzaron la mano. Inocencio Robles solo miraba a Nora Tisdale, con suma atención. De pronto, refunfuñó:

—Hace ya muchos años que sabemos que su modo de operar es siempre efectivo, Baby, así que no vamos a discutir eso. Pero, sinceramente, nos gustaría saber dónde ha estado usted esas veinticuatro horas que ha faltado de la esta casa.

—Y qué ha estado haciendo —añadió Baena—. Incluso me pregunto si oyó usted anoche los tambores de Apolinar.

—Los oí perfectamente. Pero esta vez no iban por ninguno de ustedes, así que no me preocupé… Gracias, Simón.

Tomó la taza de café recién llenada, y bebió un sorbo; luego, encendió un cigarrillo, miró su relojito de pulsera, y, por un instante, todos vieron en su rostro una fugaz expresión preocupada. Pero ella se limitó a terminar el café, sonrió, y dijo:

—Deberían continuar sus sesiones en el saloncito. Yo dormiré un poco aquí mismo. No se puede decir que haya pasado una noche

agradable… ¿Qué tal van esas conversaciones, por cierto?

—Las conversaciones van bien —murmuró Roles—, pero la verdad es que todos estamos un poco nerviosos, y nos distraemos. Quizá nos tranquilizaríamos si supiésemos a qué se dedica usted para estabilizar la situación de un modo… definitivo.

Nora Tisdale abrió la boca, pero, en aquel momento, sonó un leve zumbido en alguna parte. Todos lo oyeron perfectamente, y se sobresaltaron.

Enseguida sonó otro zumbido, y otro… Nora Tisdale ya había sacado de su escote la pequeña radio, y apretó el botoncito de admisión de llamada.

—¿Si? —musitó.

—¿Estás bien? —Sonó la voz de hombre en inglés.

—Perfectamente. Dime.

—Todo lo que he sabido por el momento es que hay un yate, que tiene el nombre de *Sugar*, anclado en alguna parte del puerto deportivo de
St. George's
.

—Bien. ¿Tienes alguna dificultad?

—Ninguna. Estoy dentro de una casa, en la ciudad, pero no sé la calle, pues llegué de madrugada. Es una casa de dos pisos, con el número treinta y nueve. Desde que llegué no he salido de ella. He sido admitido en un grupo cada uno de cuyos componentes cobrará veinticinco mil dólares por hacer algo que quizá no sea necesario que hagan.

—No entiendo eso.

—Yo tampoco, por ahora. Somos diez, en total. En la casa hay armas individuales de primera calidad: *made in USA*.

—¿De qué nacionalidad son esos hombres?

—Variadas. Hay cubanos, un francés, un negro que parece nativo, un norteamericano… De todo.

—¿Son de nuestra profesión?

—Desde luego que no. Pura chusma, eso es todo.

—Entiendo. ¿Sabes algo de Apolinar?

—No. Pero seg… Adiós.

Nora Tisdale no tuvo ni tiempo de contestar. La comunicación había sido cortada rápidamente. Se quedó mirando la pequeña

radio, mordiéndose los labios. Luego, apretó ella el botoncito, y volvió a guardarla en el escote. Estaba tan abstraída, tan preocupada, que tardó algunos segundos en darse cuenta de que todos la estaban mirando fijamente, esperando una explicación, sin duda.

Ciriaco Baena la pidió por todos:

—¿Quién es ese hombre? —murmuró.

Nora Tisdale encogió los hombros, y se puso en pie. Apagó el cigarrillo en un cenicero, y asió su maletín rojo con florecillas azules.

—La siesta queda suspendida hasta nueva oportunidad —suspiró —… Sigan trabajando, caballeros. Y no se descuiden.

—¿Vuelve usted a marcharse? —masculló Griffin.

—Así es. Ahora sí, Simón: la maleta.

* * *

El botones del St. George Hotel agarró la maleta que la hermosa rubia señaló, y se dirigió hacia el interior del encantador edificio de tejado rojo, cuyas terrazas colgaban sobre Main Street como proyectándose hacia el mar. La rubia saltó a tierra, se sacudió con gracioso gesto sus ropas polvorientas, y fue detrás del muchacho negro. Se dio una palmada en la frente, regresó al Land Rover, y tomó la cámara fotográfica, que se pasó a la mano izquierda, de la que colgaba el maletín. Luego, con algo de retraso con respecto al botones, entró en el hotel.

Tuvo suerte. Podía disponer de una bonita *suite* que daba precisamente a la fachada, conforme a sus deseos. Exhibió su pasaporte británico a nombre de Nora Tisdale, agradeció las amabilidades del conserje, y, provista de la llave, continuó detrás del botones. No había ascensor, pues el hotel constaba solamente de tres pisos, y seguramente el artefacto había sido considerado un despilfarro. ¿Quién no está en condiciones de subir tres pisos?

La *suite* tenía el número siete. Un par de minutos más tarde, Nora Tisdale se hallaba instalada en ella, ya alejado el botones con una generosa propina. Posiblemente, alguien recordaría a la hermosa rubia que había llegado un par de días antes. Pero si su ausencia de esos dos días despertaba curiosidad, el conserje del

hotel y el botones conocían la respuesta, que ella había facilitado en pocas palabras: era periodista fotógrafo, y estaba en Grenada para hacer un reportaje fotográfico para su revista; al llegar había ido a casa de un amigo, que le había facilitado el Land Rover, y tras dar unas vueltas por la isla, había decidido instalarse en el hotel para trabajar en paz organizando la serie de artículos, y planeando un nuevo viaje por la isla para tomar más fotografías.

Así de sencillo.

Debían de ser las cuatro de la tarde, poco más. La señorita Tisdale puso sus cosas en el armario, se duchó, y ya fresca y limpia de polvo, salió a la terraza, con su maletín. De este sacó unos pequeños gemelos de teatro, con los que, una vez instalada en una cómoda tumbona se dedicó a mirar a todas partes: el cielo, el mar, la avenida adornada con palmeras, el puerto deportivo… Los pequeños pero potentes gemelos especiales enfocaron muy pronto los yates. Y casi enseguida, uno de ellos, cuyo nombre era *Sugar*, y que portaba bandera norteamericana. Los labios de la señorita Tisdale se apretaron con un gesto duro, que sorprendía realmente en ellos.

¿Alguna nueva jugada de la CIA? Cuando menos, esta no la había informado de que dispusieran allí de una base que podía estar instalada en el *Sugar*… ¿Alguna nueva cochinada, como la de los servicios especiales que hacía poco había resuelto en Europa?

—No puede ser —murmuró—. Mejor dicho: no pueden ser tan cretinos de provocarme hasta tal extremo. Saben que pueden hartarme de tal modo que me despediría definitivamente de la CIA. Y no creo que deseen eso, ciertamente.

Estuvo un par de minutos observando el *Sugar*. Llegó a ver a un hombre, el parecer un tripulante, que apareció en la cubierta, hizo algo, y volvió al interior. *Sugar*… Era un nombre bonito: azúcar. La verdad era que sí, que el blanco y hermoso yate tenía el níveo resplandor del azúcar.

¿Qué podía tener que ver Apolinar y sus tambores con un yate de bandera norteamericana?

Veamos… Ella se había transformado en Mabua Luna, la bruja, tras inyectarse el Blackcolor, el increíble suero invención de McGee, el jefe de Armamentos Especiales de la CIA. Había conseguido provocar una reacción, es decir, la visita de dos hombres de raza

blanca que habían llegado a la choza con el básico propósito de estrangularla con una culebra muerta. Esto, en efecto, podía ser cosa de brujería, y ser atribuido a Apolinar, el Rey del Vudú en el Caribe. De los dos hombres que la habían atacado, ella había matado a uno. El otro, conforme a lo planeado, había caído de lleno dentro de la red de contacto, había proporcionado la pista hasta la casa que ostentaba el número treinta y nueve, pero de cuya ubicación no tenía datos, y, en esa casa, había ahora un total de diez hombres, incluyéndolo a «él», que, al parecer, estaban relacionados con el yate *Sugar*. Ahora, si esos dos hombres, más los que llegaron después con «él», estaban relacionados con Apolinar, como parecía demostrar el asunto de la culebra, y estaban también relacionados con el yate *Sugar*… ¿se podía pensar que a su vez también Apolinar estaba relacionado con dicho yate?

¿Estaba Apolinar en el *Sugar*?

Al inyectarse el suero Blackcolor, que había dado la pigmentación negra a su piel, Baby había pretendido atraer hacia ella a Apolinar. Pero este no aparece… ¡y envía a dos hombres «blancos» para que la estrangulen con una culebra muerta! ¿Tenía esto sentido?

Baby había aprendido algunos interesantes trucos con su vieja amiga Mabanga, la auténtica hechicera vudú, a la que creía conocer bastante bien; así que pensó en Mabanga. ¿Qué habría hecho Mabanga si en sus dominios hubiese aparecido alguien desafiándola? ¿Habría enviado a dos hombres «blancos» a estrangular al intruso con una culebra muerta, o… habría aceptado el desafío, personándose ella dispuesta a dejar bien sentadas las cosas?

La espía polifacética se dio a sí misma la respuesta: quizá Mabanga no se habría presentado personalmente ante el retador, pero sin la menor duda habría hecho algo mucho más sutil que enviar a alguien para que lo asesinase. Por lo tanto, alguien que decía ser el Rey del Vudú en el Caribe, y cuyos tambores habían anunciado muerte ya por tres noches en Grenada, TENÍA que hacer algo realmente espectacular, no estrangular a quien lo desafiaba, simplemente.

Así pues… ¿por qué no se había presentado Apolinar? Y en cambio, a una hora en que a ella se la debía suponer muerta

estrangulada con una culebra muerta, habían sonado sus tambores…

Nora Tisdale sacudió la cabeza. Basta de elucubraciones.

* * *

Debían de ser cerca de las nueve de la noche cuando Lorenzo Lage entró en el bar llamado Zombie. Al primer vistazo localizó a los cuatro hombres que ocupaban una mesa cerca del rincón de la derecha. Sin vacilar, fue hacia allí, todavía un tanto preocupado por el hecho de que lo hubiesen llamado por teléfono a la casa donde estaba instalado con todo el grupo.

Se detuvo delante de la mesa, y murmuró:

—Bien, aquí estoy. ¿Ocurre algo?

—Siéntese, Lage —invitó uno de los cuatro—. ¿Qué tomará?

—*Whisky*.

El que había hecho la invitación llamó por señas a un camarero negro, que acudió rápidamente a la mesa ocupada por cinco blancos ahora. Le pidieron más *whisky*, y el negro se alejó. Mientras esperaba su bebida, Lorenzo Lage miró alrededor, un tanto inquieto. El lugar no era precisamente tranquilizador: un bar de los llamados ingenuamente «de mala nota», casi atestado de negros y de prostitutas de varias razas, con predominio de blancas. Todo estaba lleno de humo, el ambiente resultaba sórdido, olía mal. Por menos de una colilla, a uno podían meterle un palmo de acero en las tripas…

Le trajeron el *whisky*, tomó un sorbo, y miró interrogante al hombre blanco que él sabía muy bien que dirigía el grupo. Decía llamarse Albert Tumbb. Norteamericano, por supuesto. Los otros, en las conversaciones que hasta entonces había sostenido con ellos en el *Sugar*, respondían a los nombres de Porter,
O'Hara
y Gausmann. Los cuatro eran norteamericanos.

—¿Lo tiene todo preparado? —preguntó de pronto Tumbb.

—Desde luego. Mis hombres y yo estamos listos para entrar en acción en cualquier momento.

—De acuerdo. Pues ha llegado ese momento. Va a ser esta misma noche.

—Bien. Bueno, Morales no podrá participar; ya saben que está herido.

—Que se quede en la casa. Los demás, pasen a la acción. Ya tiene todas las instrucciones de modo que no tenemos mucho más que hablar, ¿verdad? De todos modos, le hemos hecho venir por si tiene alguna duda de última hora… No sería cosa de discutirla por teléfono.

—Claro, comprendo. Pero no: no tengo ninguna duda. Todo fue bien estudiado, y solo me llevará cinco minutos explicarles a mis hombres de qué se trata.

—Magnífico. Nosotros…

En alguna parte del bar brilló el fogonazo de un *flash*, y por un brevísimo instante, todos quedaron deslumbrados. Luego, sorprendidos, buscaron la procedencia de aquel relámpago de luz. Los cinco se quedaron mirando, atónitos, a la muchacha rubia que se disponía a tomar otra foto en un ángulo del local. De nuevo brilló el *flash*, y cerca oyeron los gruñidos de algunos negros que bebían ron caliente. Todas las miradas estaban hoscamente fijas en la muchacha rubia. Era preciosa…

—Debe de estar loca —sonrió aviesamente

O'Hara

—… Si continúa haciendo eso, la van a llevar a la parte de atrás y la van a degollar…, después de violarla, naturalmente.

—Pues es un buen bocado —murmuró Tumbb—. Una joven exquisita en verdad. Ah, Lage: ¿qué hay de la bruja negra?

—Ni rastro, señor Tumbb: se ha esfumado. Y no me extraña.

—Está bien, no vamos a pensar más en ella. Si queríamos matarla era para que todo el mundo comprendiese que lo había hecho Apolinar, y que dejase de provocar a este, ya que entonces todos se habrían sorprendido mucho de que ese brujo de vudú no hubiese hecho acto de presencia. Puesto que ella ha desistido, y se ha marchado, el problema ha terminado.

—Siento mucho no haber podido cumplir esa parte, señor Tumbb. Pero le aseguro que esa bruja es de cuidado.

—Ya no importa. Le iba a decir que nosotros iremos al yate y desde allí llamaremos por la radio al pesquero para que a las diez en punto comiencen a tocar los tambores. ¿Le irá bien a esa hora?

—Sí, sí.

—Pues eso es todo. Ah, salvo una cosa: si alguien escapa de la casa de la colina, no lo persigan. Nos interesa que escape aunque solo sea uno de los ocupantes. Así son nuestros planes. Los demás, deben morir. Absolutamente todos, Lage. Luego, usted y sus hombres se van al pesquero, y se alejan. Ya saben dónde tienen que esperarnos. Nosotros llegaremos con el yate un día después, calculo, cada uno tendrá su paga.

Lage frunció el ceño… En aquel mismo momento, frente a la mesa restalló de nuevo el fogonazo del *flash*, y los cinco hombres respingaron. Cuando miraron hacia donde había brillado el fogonazo, vieron a la rubia bajando la cámara, y sonriendo deliciosamente. Ella hizo todavía una muequecita, y se fue hacia la barra, seguida por las turbias miradas de los clientes negros, de las prostitutas…, y de los cuatro hombres del yate *Sugar*.

—Nos ha fotografiado —susurró Porter—. A nosotros cinco, Al.

—No hay problema —sonrió Tumbb—. ¿Todo entendido, Lage?

—Sí señor. Mire, señor Tumbb, yo creo que ustedes son personas serias, pero… Bueno, espero que de verdad acudan al lugar de la cita, o mis hombres me harían pedazos si no cobrasen. Y me temo que acto seguido se dedicarían a buscarlos a ustedes, pues yo no tendría más remedio que decirles quiénes son y que van en un yate llamado *Sugar*.

—Comprendo su postura. Todos cobrarán. A nosotros no nos viene de trescientos mil dólares. Veinticinco mil para cada uno de sus hombres que quede vivo en el asalto a esa casa de la colina, y el resto para usted. No habrá problemas.

—Se lo agradezco. ¿Algo más?

Albert Tumbb negó con la cabeza. Lorenzo Lage terminó su *whisky*, se puso en pie, y abandonó el Zombie, tras dirigir una mirada a la hermosa muchacha rubia, que ahora estaba en la barra, conversando con dos negros que la flanqueaban, y que la miraban con retorcida sonrisa. Se la estaba jugando, vaya que sí.

Albert Tumbb esperó a que Lage saliese del local, y entonces murmuró:

—Nada de radio, ya sabéis. Id los tres al pesquero en la lancha pequeña, y mientras dos de vosotros dan las últimas instrucciones el otro ya sabe lo que tiene que hacer.

—De acuerdo. ¿Tú te quedas aquí?

—Sí —sonrió Tumbb.

O'Hara, Porter y Gausmann salieron del Zombie apenas dos minutos más tarde de haberlo hecho Lorenzo Lage. Albert Tumbb se quedó mirando a la rubia, que estaba bebiendo de un alto vaso. Movió cabeza, se puso en pie, y fue hacia ella, como distraído, mirando a todos lados. Pero, cuando llegó junto a la rubia, la tocó en un hombro. La muchacha se volvió, y sonrió al verlo.

—Hola —saludó—… Interesante lugar, ¿no es cierto?

—Ven a mi mesa —dijo Tumbb—. Te invito, guapa.

La rubia alzó las cejas, con gesto un tanto perplejo. Luego sonrió anchamente, y asintió. En verdad era hermosa, con aquellos ojos verdes tan grandes, la boquita sonrosada, el cuerpo escultural… Tumbb le señaló una silla, se sentaron ambos, y él ofreció:

—¿Qué quieres tomar?

—Ya estoy tomando —mostró ella en alto el largo vaso.

—Bueno, pero yo te invito a algo más, y así tendrás otra comisión. ¿Cuánto cobras por cada fotografía?

La rubia se echó a reír. Tumbb frunció el ceño.

—¿Cuál es el chiste? —inquirió.

—Me parece —rio ella de nuevo— que se está equivocando conmigo.

—¿De veras? ¿En qué sentido? Solo estoy tratando de ser amable, y de pasar un buen rato contigo. Además, también me gustará tener esa fotografía mía en un lugar como este. Es divertido. ¿Cuánto hace que te dedicas a esto?

—¡Unos diez minutos! —Volvió a reír ella.

—¿Unos diez…? Espera un momento: ¿tú no eres una puta del local que además hace fotos?

—¡Santo cielo, no! —Se abrieron mucho los ojos de la muchacha —. ¡Claro que no!

—Pues vaya chasco —farfulló Tumbb, que, por supuesto, en ningún momento había creído semejante cosa de la muchacha—… Supongo que debo pedirle disculpas, señorita… señorita…

—Nora Tisdale. Soy periodista, de las Bahamas. He venido a Grenada a hacer una serie de reportajes y fotografías para mi revista.

—Menuda plancha la mía… Lo siento de veras.

—Oh, no se preocupe. Su equivocación es comprensible, señor…

—Albert Tumbb. Bueno, ¿cómo podría hacerme perdonar mi… afrenta? Debí darme cuenta de que usted no tiene aspecto de… de eso.

—¿De puta? —rio de nuevo ella—. ¡Pero si me ha hecho mucha gracia, se lo aseguro! Los dos tendremos una divertida anécdota que contar a nuestros amigos. Por cierto: se ha quedado usted muy solo.

—Mis amigos han regresado al yate.

—¿Tiene usted un yate? ¡Caramba, eso está muy bien! ¡Siempre he soñado con tener un yate! ¿Y por qué le han dejado solo sus amigos?

—Me fijé en usted, y pedí que me dejasen el campo libre. La verdad es que pensé que terminaríamos en cualquier habitáculo más o menos cerca del bar. En la cama, ¿comprende?

—A mí no me gustan los lugares lóbregos, señor Tumbb. Pero si para mi trabajo tengo que acudir a alguno, lo hago. Aunque, claro está, mis preferencias son un yate y gente agradable y educada.

—Bueno, yo tengo un yate —rio Tumbb—. Me pregunto si le parezco lo suficiente agradable y educado.

—Me lo parece —asintió ella—. Pero uno casi siempre se equivoca al juzgar a las personas a primera vista. Usted es norteamericano, claro.

—Claro.

«Y yo soy china —pensó la señorita Tisdale, sin dejar de sonreír —. Si tú eres norteamericano, yo soy china, chico listo. Hueles a Cuba como de aquí a… a China, precisamente».

Pero Nora Tisdale dijo:

—Se le nota. Yo soy inglesa.

—También se le nota. Se me está ocurriendo una cosa: ¿por qué no cenamos juntos y luego vamos a tomar una copa al yate? Le aseguro —añadió rápidamente— que mi invitación es de lo más correcta. Ya he comprendido mi error…, y celebro que haya sido un error. ¿Acepta?

—Podemos empezar por lo de la cena —titubeó brevemente Nora Tisdale—… Lo de la copa en el yate quizá sea conveniente decidirlo más tarde.

—*Okay*. Bien, creo que tendríamos que buscar un lugar menos pintoresco que este, ¿no le parece? Conozco un restaurante más que aceptable en la Grenada Avenue, cerca de la playa, con una terraza

encantadora. ¿Le parece bien?

—Oh, sí. Me parece que ya he trabajado suficiente por hoy.

—Pues cuando usted guste.

Albert Tumbb se puso en pie, apartó la silla de Nora Tisdale, y dejó unos billetes sobre la mesa, tras mostrárselos en alto al camarero, que asintió. Salieron los dos a la calle, y Tumbb tomó del brazo a Nora, comenzando a alejarse del Zombie, pero ella rio, y señaló unos metros más allá.

—No hace falta que vayamos andando: tengo mi Cadillac ahí mismo.

Tumbb miró en aquella dirección, y luego, sorprendido, a la muchacha. Ella volvió a reír, y echó a andar hacia el Land Rover. Se detuvo ante el vehículo, lo señaló, y volvió a reír.

—Bueno —rio también Tumbb—, creí que hablaba usted en serio cuando dijo lo del Cadillac.

—Me lo ha prestado un amigo. Llevo dos días dando vueltas por la isla, tomando fotografías en todas partes y hablando con todo el mundo. Lo cierto es que voy buscando información, anécdotas, cosas así. Pero como le digo, ya he trabajado bastante por hoy, y me parece estupendo conversar de cosas comprensibles en grata compañía.

—¿Cosas comprensibles? —preguntó Tumbb, subiendo al Land Rover.

—Sí. Bueno, ya sabe —ella se sentó ante el volante, y puso en marcha el motor—… Por aquí, estos días sobre todo, solo se habla de vudú, y de ciertos tambores que suenan anunciando muerte. ¿Cómo los llaman…? Los tambores de no sé qué…

—Los tambores de Apolinar. ¿La asusta el vudú?

—Me aburre —encogió los hombros Nora, ya conduciendo—. En las Bahamas también tenemos de eso, no crea. Incluso hice algunos reportajes hace tiempo, pero pronto me convencí de que todo eran puras fantasías. Supercherías, ¿comprende? De todos modos, me gustaría echarle la vista encima al tal Apolinar…, siempre y cuando fuese fotogénico, claro está.

Se echaron a reír los dos. Poco después, ya estacionado de nuevo el Land Rover, los dos entraban en un agradable restaurante frente a la playa, y eran conducidos por un camarero hacia una de las mesas de la terraza. Había flores, palmeras, y se veía la luna como

flotando sobre el mar. Albert Tumbb pidió cena para los dos, asegurando que ella quedaría satisfecha de los platos encargados. Nora Tisdale, que había tomado unas cuantas fotografías mientras Tumbb hacía el pedido, asintió, sonriente. En realidad, la cena le importaba bien poco… Todo lo que le importaba era conversar con aquel hombre que decía ser norteamericano y llamarse Albert Tumbb. Ninguna de las dos cosas era cierta. Pero, la señorita Tisdale había conseguido su objetivo, y precisamente, le parecía más y más interesante a cada momento. Había estado vigilando el *Sugar*, había visto salir a los cuatro hombres, y los había estado siguiendo, vigilando, dispuesta a entrar en contacto con ellos como fuese. Las circunstancias la habían favorecido, al ser el propio Tumbb quien se había adelantado buscando contacto. La cuestión era: ¿qué podría ella sacarle a Tumbb durante la cena?

6

Marcial Varela, que era el que tenía la palabra, enmudeció de pronto, se llevó una mano al estómago, y consiguió contener el eructo. Un tanto abochornado, miró a los cinco hombres que completaban con él la reunión, y sonrió disculpándose.

—He cenado demasiado bien —murmuró—. Lo siento.

Walter Griffin hizo un simpático gesto de disculpa.

—Todos somos humanos, Varela, así que nadie está a salvo de esas pequeñas cosas. Recuerdo muy bien una de las explicaciones de un profesor en la universidad a la que asistí: decía que no nos diésemos tantos humos, ya que a fin de cuentas no somos más que un animal como otro cualquiera, o sea, un puñado de carne con un agujero para admitir la comida y otro para expulsarla.

Los demás rieron, y el ambiente se relajó. No solo por lo referente al contenido eructo de Marcial Varela, sino también por lo referente a su trabajo. Estaban muy adelantados ya, pero ciertamente era a base de trabajar de firme. Los puntos se iban aclarando, las posiciones definiendo. Todo iba bien…, salvo que dos hombres que habían participado en el inicio de las conversaciones habían sido evacuados de allí en condición de cadáveres.

—Podríamos tomar un coñac —propuso Lambert.

—Me parece que hay en la casa algún licor de propiedades más digestivas —informó Inocencio Robles.

—Son las diez —dijo Roger Weygand, mirando su reloj de pulsera—, así que podríamos tomarnos un pequeño descanso. Las conversaciones van muy b…

Se calló de pronto. Los demás lo miraron extrañados. Robles se puso en pie, un tanto pálido.

—Los tambores —musitó—… Están sonando de nuevo.

Quedaron todos silenciosos. Ciriaco Baena se acercó a la ventana, acabó de abrirla, y el sonido de los tambores llegó con más

nitidez a oídos de todos. Walter Griffin se acercó a la ventana, y llamó:

—¡Rawlings!

—¡Los oímos, señor Griffin! —Llegó la voz de Simón, desde el jardín—. ¡No se preocupen por nada, todos estamos en nuestros puestos!

Griffin asintió, se volvió hacia el centro de la habitación, pero regresó velozmente su mirada hacia Baena, que tenía los dientes apretados, los ojos muy abiertos.

—¿Qué le ocurre, Baena?

—Estoy harto… ¡Estoy harto de esto! —jadeó Baena.

—Vamos, tranquilícese. También sonaron anoche, y nada nos ocurrió a nosotros. Podemos seguir con…

—¡No pienso seguir con nada! ¡Estoy harto de trabajar en estas condiciones, creo que deberíamos marcharnos de aquí, reunirnos en otro lugar…!

Inocencio Robles corría hacia Baena, al que tomó de un brazo y lo sacudió.

—Ciriaco, deja de decir tonterías. Tenemos que…

—¡Suéltame! —Se desasió bruscamente Baena—. ¡Y no son tonterías!

¡Maldita sea, ya han matado a dos de nosotros, ¿no es así?! ¡Y esos malditos tambores siguen sonando, avisándonos de que no van a dejarnos en paz…! ¡Yo no puedo seguir así!

—Bueno, hombre, está bien —le agarró de nuevo Robles, abochornado visiblemente por la pérdida de la serenidad de su compañero—… Vamos a tomar una copa, y lo dejaremos por hoy. Mañana…

—¡Te digo que me sueltes! —Volvió a desasirse Baena—. ¡Y te repito que estoy harto! ¡No pienso quedarme aquí ni un maldito segundo más, iros todos a la mierda!

—Vamos, Ciriaco —frunció el ceño Robles, ya mosqueado—, te estás poniendo en evidencia solo por unos tambores.

—¡Que me sueltes! —chilló Baena—. ¡Maldita sea, te estoy diciendo que me sueltes!

Dio otro tirón, y acto seguido, para sobresalto de todos, disparó su puño derecho contra la mandíbula de Inocencio Robles, que, pillado por sorpresa, cayó de espaldas al suelo… Aún no había

conseguido reaccionar nadie cuando Ciriaco Baena saltaba por la ventana al jardín, y comenzaba a alejarse gritando, chillando…

—¡Vuelva aquí! —gritó Griffin—. ¡Baena, no sea loco, nuestros guardianes pueden confundirlo con un extraño y matarlo! ¡Vuelva!

Inocencio Robles se puso en pie de un salto, demudado el rostro, y corrió junto a Griffin, asomándose a la ventana.

—¡Valverde! —aulló—. ¡No disparéis, el que corre por el jardín es Ciriaco! ¡No disparéis!

—¡Rawlings, no disparen! —gritó también Griffin; luego se volvió, asió de un brazo a Robles, y tiró de él, mirando a los demás, que estaban todavía estupefactos—. ¡Salgamos todos a buscar a Baena, se ha vuelto loco! ¡Malditos tambores…!

* * *

Permanecía inmóvil, con la cabeza ladeada, la expresión atenta. El falso norteamericano sonrió.

—Ah, los está oyendo —dijo—. Sí, son los tambores de Apolinar. No quería decírselo para no inquietarla.

—Tonterías —dijo ella—: a mí no me asustan unos tambores… Es solo curiosidad. Me gustaría estar con quienes los están tocando. Yo diría que… el sonido llega del mar.

—¿Usted cree? A mí me parece que suenan en todas partes.

—Quizá sea así. Pero yo creo que llegan del mar. Lo que pasa es que la brisa marina extiende los ecos por toda la bahía, y quizás eso es lo que produce la impresión de que suenan en todas partes.

—Quizás —admitió Tumbb—. Bueno, no hay que olvidar que Apolinar es el Rey del Vudú en el Caribe, así que no sería sorprendente que los tambores estuviesen en el mar… ¿De qué se ríe?

—¡Santo cielo! —Intentó disimular su risa Nora—. ¡Fíjese en nuestro simpático camarero negro! ¡Está tan asustado que no se acuerda de respirar!

Albert Tumbb volvió la cabeza, vio al camarero, y sonrió; el pobre negro estaba en verdad asustado, desorbitados los ojos, clavados los pies al suelo, paralizado. Tumbb movió la cabeza, y encogió acto seguido los hombros.

—Vaya usted a decirle ahora a ese muchacho que no debe temer

nada, que todo esto son fantochadas, y ya verá cómo la mira, como si usted estuviese loca o fuese… un ser despreciable. La superstición es más fuerte que cualquier cosa.

—No en mi caso —rio Nora—: pese a los tambores de Apolinar todavía soy capaz de apreciar estos exquisitos bocados. Sé que es langosta, pero jamás la había probado con una salsa como esta. ¿De qué es exactamente?

—Es una mezcla de salsa de ostras, camarones y tortuga.

—¡Dios bendito, no!

—Pero si acaba de decir que le gusta —se sorprendió Tumbb.

—Eso es lo sorprendente: no suelen gustarme las mezclas… ¿No le parece que esos tambores se están poniendo algo pesados?

* * *

Los tres hombres estaban inmóviles, oyendo el batir de los tambores. Se habían distribuido en tres grupos de tres, y esperaban, agazapados en las sombras, el momento de asaltar la quinta de acuerdo al plan ya explicado, saltando las verjas.

—¿Qué estamos esperando? —susurró Carlos Alcázar.

—Tenemos que dejar escapar a un hombre de esa casa —replico Lorenzo Lage—. No podemos atacar hasta que lo haya hecho.

—¿Por qué ha de escapar uno?

—Deja de preguntar —masculló Villena—, y abramos bien los ojos.

Carlos encogió los hombros. En la oscuridad veía perfectamente a Carrasco y a Lage. Ellos tres eran el grupo de atracción y choque: provistos de fusiles lanzagranadas, tenían que saltar las verjas, atraer a los vigilantes de la quinta, y disparar contra ellos. Cuando los demás vigilantes acudiesen al lugar del primer choque, serían abatidos por el resto del grupo, que tomaría posiciones adecuadas para ello, disparando unos con metralleta y otros algunas granadas de gas. Si fallaban las balas, el gas aniquilaría a los que quedasen con vida. Luego, puesto que sabían muy bien que nadie de la casa tenía armas, la masacre sería fácil y rápida…

—¡Ahí está! —exclamó Lage.

Un hombre apareció en lo alto de las verjas, y saltó fuera de la quinta, echando a correr a toda prisa, alejándose. Por detrás de él se

oían voces, gritos, y muy pronto aparecieron varios hombres tras las verjas, agrupándose.

—¡Ha saltado por aquí! —Llegó una voz.

—¡Baena! —gritó otro hombre—. ¡Baena, vuelve…!

Pero el hombre que había saltado las verjas había desaparecido ya, y, ciertamente, no parecía dispuesto a regresar. Dentro del recinto de la quinta, tras las verjas, el grupo de hombres que había llegado corriendo detrás del llamado Baena, discutió excitadamente durante unos segundos. Luego, todos regresaron hacia la casa, menos dos hombres, que saltaron las verjas y partieron en pos de Baena. Pasaron muy cerca del grupo formado por Lage, Alcázar y Carrasco, y este apuntó su fusil hacia los dos hombres, pero Lage se lo bajó de un manotazo.

—¿Qué haces? —Gruñó—. ¡Déjalos marchar, así tenemos dos enemigos menos! Los cazaremos cuando regresen, más cómodamente.

Los dos hombres desaparecieron también, y todo quedó de nuevo solitario… y en silencio. Ya no se oían los tambores. Lorenzo Lage, esperó tres minutos, y musitó:

—Bien, vamos allá. Carrasco, tú y Carl…

¡Clock!, resonó el golpe de culata en la frente de Lorenzo Lage; este emitió un gemido, y cayó de lado tras rebotar sobre sus flexionadas rodillas. Carrasco respingó, y se volvió hacia Alcázar, crispado su rostro por la furia.

—¡Pero qué dem…!

¡Clock!, golpeó la culata ahora en la frente de Carrasco. Y Carrasco cayó de espaldas, cruzado sobre el cuerpo de Lage, igualmente sin sentido. Carlos deslizó tranquilamente hacia donde sabía que había otro grupo, y llamó, quedamente:

—¡Costas! ¡Costas, soy Alcázar!

—¿Qué pasa? —Le llegó la voz.

—Me envía Lorenzo, tengo algo nuevo que deciros.

—Acércate.

Siempre tranquilamente, Carlos Alcázar llegó junto a los tres hombres que, como el otro grupo más alejado, esperaban ver al primer grupo saltar las verjas para hacerlo ellos a su vez inmediatamente.

—¿Qué pasa? —insistió Costas.

—Hay contratiempos —dijo Carlos.

—¿Qué clase de contratiempos? —Se inquietó Costas.

Pareció que Alcázar fuese a dar la explicación, pero lo que dio fue un tremendo rodillazo en los genitales a Costas, que lanzó un ahogado bramido, y cayó de rodillas. Simultáneamente, Carlos golpeaba a otro de los hombres en la frente con la culata del rifle, derribándolo brutalmente de espaldas, lanzando una gran salpicadura de sangre por la brecha… El otro hombre lanzó una exclamación, comenzó a alzar su metralleta…, y el cañón del fusil de Carlos Alcázar, en perfecta maniobra de giro, le alcanzó en un lado del cuello, tirándolo de costado.

Carlos se acercó rápidamente a él, pero captó el movimiento de Costas intentando alzar su metralleta para apuntarle, y volvió a golpearle con la rodilla, ahora en pleno rostro, hundiéndole la nariz, aplastándosela. Costas cayó de espaldas, lanzando también un chorro de sangre, desvanecido. El que había caído de costado se revolvió en el suelo, apoyó las manos en este, y abrió la boca, para gritar…, pero el puntapié le acertó de lleno, partiéndole algunos dientes. El pie de Carlos penetró en la boca del hombre, llegó al paladar, y allá produjo tal conmoción que el hombre cayó muerto, con la base del cráneo rota, rajada por la repercusión del tremendo impacto.

Carlos Alcázar agrupó a los tres desvanecidos aventureros, se irguió, y caminó, siempre con tranquilidad escalofriante hacia el otro grupo. Esta vez el sorprendido fue él, porque cuando creía que todavía estaba algo lejos, un hombre apareció de súbito ante él, y le metió en el estómago la punta del cañón de una metralleta.

—¡Hey! —Respingó, en verdad sobresaltado—. ¡Soy yo!

—Carlos… ¿Qué haces aquí? —Se sorprendió el francés Gelin.

—¿Dónde están los otros dos?

—Detrás de mí. Te hemos oído acercarte, pero no sabíamos que eras tú. ¿Qué ocurre?

—Venid los tres. No sé qué demonios le pasa a Lorenzo: dice que algo ha cambiado, tiene que darnos a todos nuevas instrucciones.

—Maldita sea… Está bien, vamos allá. ¡Eh, vosotros!

Dos hombres aparecieron de las sombras. Carlos señaló hacia donde estaba Lorenzo, y todos comenzaron a caminar, sigilosamente.

Carlos refunfuñó algo, se inclinó, y pareció que estaba atándose el cordón del zapato. Los otros tres lo miraban, inquietos. Se irguió, diciendo:

—Ya está.

Los tres dieron media vuelta, dispuestos a continuar caminando, pero de nuevo les llegó la voz de Carlos:

—Quedaros quietos y soltad las armas. Luego, alejaros tres pasos.

Gelin no entendió bien la situación; evidentemente era lento de reflejos. Lo que se le ocurrió fue comenzar a volverse, gruñendo:

—¿Qué…?

El golpe le acertó en la nuca, derribándolo de bruces aparatosamente, lanzando lejos de sí su arma. Los otros dos, que también habían comenzado a moverse, quedaron enseguida inmóviles.

—¿Qué pasa? —jadeó Der Voren, tenso.

—Haced lo que os he dicho.

Der Voren y el otro dejaron caer sus armas, y se alejaron tres pasos. Carlos Alcázar se acercó, las recogió, dejándolas colgando de un hombro, y ordenó que se alejaran más. Pasaron por encima del arma de Der Voren, pero no hicieron intención alguna de agarrarla. Dieron unos pasos más, se detuvieron a una orden de Carlos, este recogió también el arma de Der Voren, y ordenó:

—Tendeos en el suelo, boca abajo, con los brazos estirados hacia delante.

Sin rechistar, los dos aventureros obedecieron una vez más. Carlos Alcázar se sentó en el suelo, cerca de ellos. Cruzó las piernas, dejando sobre ellas el fusil, y movió el tacón de uno de sus zapatos, sacando del hueco una pequeña radio. Con una uña, desplazó un diminuto dial, hasta que oyó el suave «clic» del cambio de onda. Acto seguido, apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Sonó en el acto una voz de hombre.

—¿Simón? —preguntó Alcázar.

Hubo un instante de silencio. Luego:

—¿Quién es usted?

—Número Uno. ¿Le dice algo esto?

Se oyó una exclamación. Luego de nuevo un instante de silencio, antes de oírse otra vez la voz de Simón:

—¿Dónde está usted? ¿Le ha ocurrido algo a Baby?

—Que yo sepa, no. Estoy fuera de la quinta, muy cerca de la verja. Tengo unos cuantos paquetes, para usted. ¿Puede venir con algunos hombres a hacerse cargo de ellos?

—Pero… ¿qué está pasando?

—No sea estúpido —gruñó Carlos Alcázar—: este no es momento para conversar sobre ello.

—Está bien. Vamos para allá. ¿Dónde está usted exactamente?

Diez minutos más tarde, ocho hombres yacían en la gran sala de la quinta, tirados en el suelo, atados de pies y manos, menos uno, cuya muerte hacía innecesaria toda precaución respecto a él. Los demás habían recuperado ya el conocimiento, y su situación, ciertamente, no les hizo la menor gracia. Todas las miradas estaban fijas en Carlos Alcázar, rebosantes de odio.

También los enviados por Washington y La Habana miraban a Carlos, pero sin odio; simplemente, desconcertados los cubanos, y con incredulidad los norteamericanos. Simón terminó de repasar las ligaduras de los prisioneros, y también miró a Carlos Alcázar.

—¿Y ahora? ¿Qué hay de esa explicación?

—Es muy simple: teníamos orden de matarlos a todos ustedes menos a uno, que debía escapar de la quinta.

—¿Qué quiere decir con eso? —Palideció Inocencio Robles.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Dos de ustedes salieron tras él, pero no han logrado encontrarlo, ¿verdad?

Los norteamericanos se volvieron a mirar a los cubanos. Marcial Varela también había palidecido, quizá comprendiendo con más rapidez que Robles lo que aquello podía significar.

—No es posible —gimió Robles.

Carlos Alcázar encogió los hombros.

—¿Dónde está Baby? —preguntó Simón, el primero en reaccionar.

—No lo sé.

—Pero… ¿no está en contacto con ella? Por radio, quiero decir.

—Sí. Podría cambiar la onda —Carlos mostró la pequeña radio que había utilizado para contactar con Simón— y llamarla, pero quizás el momento no sea adecuado. Los dos montamos nuestras radios con dos ondas, la del Caribe, y la nuestra personal. Cuando la llamé aquí, sabía que no había peligro, pero ahora no sé qué puede

estar haciendo… ni con quién. Es decir…, puedo imaginarlo perfectamente, pero no estoy seguro.

Mientras hablaba, Carlos Alcázar había movido el pequeño dial, recuperando la onda de contacto directo y exclusivo con Baby. Se quedó mirando la radio, indeciso. Simón captó el gesto de preocupación en la boca del espía.

—¿Puedo yo hacer algo? —se ofreció.

—No lo sé.

—Entiendo que sea peligroso llamarla por la radio sin saber dónde está y qué hace, pero podríamos interesarnos por ella en el hotel. Si está allí, es que todo va bien. Podría llamar por teléfono al hotel… Supongo que se habrá alojado allí con el nombre de Nora Tisdale. De todos modos, no hay problema: podría preguntar por la periodista rubia de los ojos verdes que siempre va cargada con su cámara fotográfica… ¿Qué pasa?

La pregunta la hizo Simón volviéndose vivamente hacia Lorenzo Lage, que había lanzado una exclamación incontenible. También la cabeza de Carlos giró hacia el aventurero, con un gesto vivo, veloz, de águila, y sus negros ojos parecieron taladrar los de Lage.

—¿Algo te ha sorprendido, Lorenzo? —preguntó.

—No… Nada. ¡Nada!

Los ojos de Carlos Alcázar se entornaron. Y solo con ver el modo en que Alcázar le miraba, Lorenzo sintió realmente cómo se le ponían por corbata, comprendiendo de verdad por primera vez en su vida la vieja frase, su verídico significado. No podía tragar ni su propia saliva.

Carlos Alcázar se acercó al grupo de prisioneros, se acuclilló ante Lage, y dijo, sosegadamente:

—Te lo preguntaré solo otra vez: ¿qué es lo que te ha sorprendido tanto?

Lorenzo consiguió tragar la saliva, por fin.

—Bueno… Había… había una mujer así en el Zombie, en un bar, tomando fotografías…

—¿En el bar a donde fuiste a recibir las última instrucciones? —susurró Carlos Alcázar.

—Sí… Sí, en ese bar.

—¿Ella te vio? ¿Estabas tú con alguien del *Sugar* cuando ella tomaba fotografías?

—Sí, sí, así fue.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Ella estaba por allí tomando fotografías. Luego, yo me fui, y ella se quedó, no sé nada más.

—¿Se quedó también el hombre que te dio las últimas instrucciones?

—Sí. Los cuatro.

Carlos Alcázar se pasó la lengua por los labios. Parecía que nada le alteraba, pero Simón captó perfectamente su leve palidez bajo la bronceada epidermis.

—¿Qué pasa? —preguntó, notando también frío en su rostro—. ¿Algo le va mal a Baby, señor?

7

—Ahí lo tienes —señaló Tumbb el yate *Sugar*—. ¿Te gusta?

—Ya lo creo —sonrió Nora Tisdale—… ¡Es precioso!

—Por dentro aún te lo parecerá más…, si es que aceptas tomar esa copa.

—¿De champaña? —rio ella.

—Naturalmente.

Nora asintió, apagó el motor, retiró las llaves, tomó su maletín, y saltó del Land Rover, ágilmente. Albert Tumbb lo hizo por el otro lado, se reunió con la bella rubia, y la tomó del brazo. Llegaron al borde del muelle, recorrieron la pasarela, y llegaron a la cubierta.

Un hombre apareció ante ellos.

—Ah, señor Tumbb… Buenas noches.

—Hola, Grey. ¿Han vuelto los demás?

—Sí señor. Están abajo, esperándole.

Tumbb asintió, y condujo a Nora hacia el interior del yate. Cuando llegaron al saloncito, los tres hombres que esperaban se pusieron en pie, mirando fijamente a Nora, que les sonrió, y alzó una mano.

—Hola —saludó—… ¿Me recuerdan? No les molestaré mucho: solo he venido a tomar una copa de champaña.

—Estupendo —sonrió Porter, sacando una pistola y apuntando al pecho de Nora—… Podríamos brindar por la agente Baby de la CIA.

—¿Qué dice? —Se pasmó magistralmente Nora—. ¿Por quién hemos de brindar?

—Por usted —dijo una voz en el extremo del pasillo—: por la agente Baby.

La rubia se había vuelto vivamente. Hubo en sus labios sonrosados una levísima crispación, eso fue todo. Se quedó mirando fijamente a Ciriaco Baena, que también la apuntaba con una pistola.

—Muy amable —agradeció Baby, fríamente.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Tumbb, lívido.

—Tu amiguita es la agente Baby —lo miró Baena—. Y dicho esto, no creo que necesites más explicaciones. De acuerdo al plan, yo debía marcharme de la quinta, pero de todos modos habría tenido que hacerlo, para avisaros de la intervención de ella…, y de que sabía que el yate *Sugar* estaba involucrado en el asunto. Se ha estado burlando de ti, Al, eso es todo.

—¿Pero cómo ha conseguido ella nuestra pista? —jadeó Albert Tumbb.

—Por medio de un hombre que se introdujo en el grupo que tenía que asaltar la quinta. Así que ya lo sabes, Al: hay un traidor junto a los hombres contratados.

—Entonces… ¿qué ha pasado? —Palideció bruscamente Tumbb.

—Ni idea. Pero seguramente, nada bueno… para nosotros.

Tumbb se dejó caer en el diván, y se pasó las manos por la cara. De pronto, se puso de nuevo en pie, sobresaltadísimo, respingando.

—¡Apolinar! —gritó—. ¡Ahora que ese viejo ha escapado…!

—No ha escapado —negó Baena—: llegué a tiempo de cambiar los planes.

—¡Cambiarlos! ¿Qué quieres decir? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Siempre nos quedará el último recurso —dijo fríamente Baena —. Pero antes de recurrir a él, podemos cambiar impresiones…, después de enterarnos bien de lo que ha ocurrido en la quinta.

—¿Cómo vamos a enterarnos?

—Habrá que darse una vuelta por allí. No podemos dejar las cosas como están sin saber…

Baena dejó de hablar. Su mirada pareció saltar hacia la entrada, donde apareció un hombre tras oírse sus pisadas.

—¿Qué pasa, Grey? —murmuró Tumbb.

El capitán del yate se acercó a su patrón, y le estuvo susurrando unas palabras al oído. Todos vieron cómo Tumbb palidecía. Luego, se acercó a Baena, y estuvo cuchicheando con él. Baena dijo algo, Tumbb volvió junto a Grey, le susurró algo al oído, el otro asintió, y subió hacia cubierta. Nora Tisdale, que miraba de uno a otro, intrigada y no poco preocupada, oyó de pronto la voz de Baena junto a ella.

—Venga conmigo —le ordenó.

Nora le siguió hacia el pasillo. Caminaron por este unos pasos, hasta que Baena le ordenó que se detuviera. Pasó por su lado, se quedó más hacia el fondo del pasillo, apuntándola con la pistola, y dijo, secamente:

—Y guarde silencio.

La espía parpadeó. No entendía nada. De pronto, oyó otra vez pisadas en la escalerilla que comunicaba el saloncito con cubierta. Las pisadas llegaron abajo, se oyeron ahora sobre el piso… Nora Tisdale palideció, abrió la boca…, y se quedó así. Demasiado tarde. Había reconocido las pisadas al oírlas en plano, pero demasiado tarde. Desde el saloncito le llegaba ya la voz que jamás podría confundir con ninguna otra en el mundo:

—¿Señor Tumbb?

En el saloncito, Albert Tumbb alzó una mano, haciéndose ver por el visitante.

—Yo soy. Me ha dicho Grey que trae un recado de parte de Lorenzo Lage… ¿Quién es usted?

—Carlos Alcázar. Lorenzo me contrató hace…

—Ah, sí, ya recuerdo. ¿Le ha ocurrido algo a Lage?

—Pues sí. Está herido… Muy mal herido. La acción en la quinta que usted ya sabe salió mal. Parecía… como si nos estuviesen esperando. Solo Lorenzo y yo pudimos escapar; los demás cayeron muertos o prisioneros. Lorenzo está escondido, y me envía para que usted sepa a qué atenerse.

—Muy bien, gracias. En efecto, ya sé a qué atenerme. Saque su pistola, déjela caer al suelo.

Carlos alzó las cejas en un principio de gesto de sorpresa y abrió la boca como para protestar. Pero, al mismo tiempo que todos le apuntaban con sus armas, Nora Tisdale apareció procedente del pasillo, empujada por Baena. Al verla, Carlos Alcázar palideció. Miró por un lado de Nora, y vio a Baena, tres pasos detrás, apuntándola con su pistola a la espalda.

—Lo saben todo —murmuró Baby—… ¿Cómo no se te ocurrió que Baena vendría aquí?

—Se me ocurrió, pero también pensé que podía estar en otra parte. En cambio, después de preguntar por ti en el hotel, y saber que no estabas allí, comprendí que tú sí que debías de estar aquí…

—No lo repetiremos —dijo Tumbb—: deje caer su pistola.

El brazo de Baena se extendió, la pistola apuntó por detrás a la cabeza de Baby. Carlos Alcázar sacó la pistola, y la dejó caer.

—Encerradlos —masculló Tumbb—. Tenemos que encontrar una salida al problema. ¡Hay que intentarlo todo antes de recurrir al otro procedimiento! ¡Venga, encerrad a estos, y volved aquí!

—Deberíamos liquidarlos —deslizó O'Hara.

—Primero, hablemos. Luego, si vemos que no nos sirven para aclararnos algunas dudas, los eliminaremos.

—Está bien.

Tumbb quedó solo en el saloncito. Cuando los demás regresaron, vio que Baena estaba limpiando la culata de su pistola con un pañuelo. Al ver la roja mancha, Tumbb inquirió:

—¿Qué ha pasado?

—Me he dado el gusto de partirle la cabeza a ese tipo cuando entraba en el camarote. ¡El muy puerco traidor…!

* * *

En el camarote, Nora Tisdale estaba arrodillada junto a Carlos Alcázar, pálida, tocando un lado del cuello con dos dedos. En el suelo se extendía una pequeña mancha de sangre, que brotaba lentamente de la parte posterior de la cabeza de Carlos Alcázar, que había perdido el conocimiento debido al tremendo golpe. Nora se subió la falda, arrancó tiras de su ropa interior, y comenzó a restañar la sangre…

—Parece muerto —oyó tras ella, en aceptable inglés.

Se volvió vivamente hacia el rincón. ¿Cómo no había reparado en la presencia de aquel hombre al entrar? Bien, la respuesta era muy sencilla: al ver caer a Número Uno, todo lo demás había dejado de existir para ella. Pero ahora se quedó mirando al viejo y arrugado negro que había en el rincón.

Llevaba camisa y pantalones blancos, sandalias y nada más. Sus cabellos eran blancos, parecían algodón, igual que su pequeña barbita. Los ojos, en cambio, eran negrísimos, pequeños, de un poder de penetración extraordinario. Sus facciones parecían grabadas en cuero viejo.

—¿Apolinar? —preguntó Baby.

—Sí, yo soy el Rey del Vudú. ¿Y usted?

Brigitte Baby Montfort le dirigió al anciano una irritada mirada, y no contestó. Continuó atendiendo la herida de Número Uno en la parte posterior de la cabeza.

—Ustedes no deben de ser amigos de los americanos que hay en este yate —dijo Apolinar.

—Si al decir americanos, quiere usted decir «norteamericanos» de los Estados Unidos, le diré que no lo son —le miró brevemente Brigitte.

—Oh, sí. Lo son. Lo sé muy bien.

—Lo sabe muy mal —gruñó Baby.

Apolinar frunció el ceño, y quedó silencioso. Brigitte colocó un trozo de tela varias veces doblado sobre la herida, y se las arregló para vendar la cabeza manteniendo apretado el improvisado apósito. Luego, se quedó mirando a Carlos Alcázar, que no tardó mucho en abrir los ojos. Se sentó rápidamente, su rostro se crispó, y su mano derecha subió hacia la cabeza.

—No te toques —murmuró Brigitte—. Te he vendado.

—He caído como un novato que además es tonto —gruñó él.

—No. Cuando hay traidores de por medio, nadie sabe cómo pueden ir las cosas. No somos superdotados, mi amor… ¿Te duele la cabeza por dentro, o solo el golpe?

—Aún no lo sé. —Número Uno movió la cabeza cautamente, y al hacerlo vio al viejo negro; se quedó mirándolo, y luego miró a Brigitte con las cejas alzadas—… ¿Apolinar?

—Sí. Nada menos que el Rey del Vudú en el Caribe. ¿Y sabes qué dice Su Majestad Apolinar?: pues que los hombres que hay en este yate son estadounidenses.

—Tonterías —farfulló Uno—… Son cubanos.

—¿Lo ve usted? —Miró Brigitte a Apolinar, sonriente—. No son norteamericanos. Y le aseguro que mi amigo y yo entendemos de eso, pues nosotros sí lo somos.

—Pues yo digo que son norteamericanos —insistió Apolinar—. Y muy mala gente, además.

—¿Por qué dice eso?

—Están preparando el asesinato de muchas personas que hay en una casa de la colina… ¡Les he oído hablar de eso varias veces!

—¿Qué ha oído?

—Ellos hablan de asesinar a muchas personas en esa casa. Pero como no quieren que nadie sepa que lo han hecho unos americanos, me han secuestrado a mí. Me engañaron, y me secuestraron… Ahora sé que están haciendo sonar unos tambores, para que todos crean que lo que sucede en esa casa de la colina es cosa mía, y que nadie pueda acusarlos a ellos…

—Precisamente, se trata de todo lo contrario —dijo Nora Tisdale —… Lo que ellos quieren es que «parezca» que todo lo están tramando unos norteamericanos, a fin de que cuando usted escape, así lo diga a todo el mundo. Tratan de simular que son unos agentes de la CIA, o cualquier organismo parecido de Estados Unidos, que le están utilizando a usted para encubrir sus asesinatos y que todos crean que es cosa de brujería. Pero lo que realmente desean es que cuando los hayan matado a todos, usted escape, y diga que todo lo han hecho unos norteamericanos. Pero no lo son.

—¿Y por qué harían eso?

—Para impedir que Estados Unidos y Cuba prosigan con unas conversaciones que podrían dar lugar a un próximo buen entendimiento. Es evidente que no les interesa que eso ocurra. Es más: están haciendo las cosas de modo que Cuba se sentiría muy disgustada con Estados Unidos, y quién sabe cuántos años tardaría en volver a aceptar negociaciones.

Apolinar tenía el ceño fruncido. Se rascó la cabeza, y quedó silencioso, con la mirada fija en un punto indefinible. Brigitte esperó en vano un comentario por su parte, así que miró de nuevo a Número Uno.

—¿Te gustó el numerito de pasar sobre piedras al rojo? —sonrió.

—Tuviste suerte, eso es todo —gruñó él—. Podía haber fallado.

—Claro que no. Los dos lo hicimos bien: tú haciendo sonar los tambores escondido y luego escondiéndote para vigilar y conseguir contacto si alguien se acercaba a mí, y yo con mis maravillosos poderes de hermosa bruja.

—Todo trucos —gruñó de nuevo Uno.

—Todo, no, mi amor. Lo único que había trucado allí era el cuchillo de hoja móvil, que se hundía en lugar de clavarse en la gallina, y al mismo tiempo hacía salir la sangre del pequeño depósito. Ese sí era un truco. Pero te aseguro que realmente

hipnoticé a la gallina, y que caminé sobre fuego. Lástima que el hombre que escapó no te llevase hasta el mismísimo Apolinar. Pero, claro, si el pobrecito estaba secuestrado, no podía acudir al reto de la bruja Mabua Luna. Y para que nadie buscase a Apolinar y le dijera que le habían desafiado, enviaron a los hombres aquellos a matarme. Algo tenía que suceder, y sucedió.

—¿De verdad no te quemaste los pies?

—Claro que no. Te dije que podía hacerlo. Cuando volvamos a casa lo probarás tú… y te sorprenderás al comprobar que puede hacerse.

—No creo que me haga gracia probar eso. ¿Te… hice daño?

—¿Daño? ¿Cuándo?

—Cuando… Bien, cuando tuve que… violarte delante de aquellos dos tipos… Estuve a punto de partirles la cabeza, pero me pareció que tú preferías… el otro sistema, que yo continuase con ellos.

—Naturalmente —casi rio Brigitte—… Fue una experiencia nueva para nosotros, eso de amarnos en público, ¿verdad?

—Experiencia que no repetiremos. Prefiero hacerlo en privado.

—Yo también —rio de nuevo Brigitte—… ¿Qué habrías hecho si Carrasco hubiese conseguido hacer lo mismo que tú? ¡Yo estaba indefensa!

—Tonterías —masculló Uno—… Dejar a aquel idiota contigo fue como dejar juntos en una jaula a un gorrión y un gato.

—Querrás decir, gatita, mi amor. Bueno, si ya estás bien del todo tendremos que empezar a pensar en salir de aquí. ¿Tienes la radio?

—Claro.

—A mí me han quitado el maletín, así que usaremos la tuya para avisar a Simón. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Lo solucioné. Pero tendremos que advertirles ahora del nuevo estado de cosas y de la verdad definitiva sobre Baena. ¿Llamas tú o llamo yo? Creo que será mejor que hables tú con tu Simón: estaba muy preocupado.

Número Uno sacó la pequeña radio del interior del tacón, y la entregó a Brigitte, que al tomarla vio fija en ella la mirada atónita de Apolinar.

—¿Se encuentra bien, Apolinar? —sonrió.

—Pero… ¿quiénes son ustedes?

—Pues… ¿Conoce a Mabanga? —preguntó a su vez Brigitte.

—¡Mabanga! —Respingó Apolinar—. ¡Esa bruja que…!

—Espero que no me haga usted enfadar —deslizó amablemente Baby—: Mabanga es una muy querida amiga mía.

Apolinar soltó un refunfuño, y se quedó mirando fijamente con sus ojos que parecían de fuego negro a la espía. De pronto, sonrió enigmáticamente.

—¿Ella fue quien le dijo cómo se puede caminar sobre brasas? —preguntó.

—En efecto.

—Entonces, debo admitir que usted sabe hacerlo. —Los ojos Apolinar se cerraron casi completamente—… Espero que Mabanga le dijera también que los secretos del vudú deben permanecer secretos.

—Vaya… Parece que no estaba usted tan distraído como aparentaba, Apolinar. Ya hablaremos de eso. Ahora…

Justo en el momento en que Baby alzaba la pequeña radio, la puerta del camarote se abrió, bruscamente, y apareció Baena, empuñando su pistola. Detrás de él, Tumbb y los otros tres, igualmente empuñando sus armas.

Evidentemente, habían llegado a un completo acuerdo sobre lo que procedía hacer.

8

El rapidísimo gesto de Baby para ocultar la radio fue captado por todos, que la miraron vivamente. Baena la apuntó en el acto con la pistola.

—¿Qué esconde ahí? —Gruñó—. ¡Démelo! Y nada de gestos bruscos. Despacio. Muy despacio.

Brigitte apretó los labios. Luego, lentamente, mostró la mano que había escondido a la espalda. Los cinco hombres se quedaron mirando la pequeña radio, expectantes.

—Déjelo en el suelo —ordenó Tumbb—… Y retírense los dos hacia el fondo del camarote.

Obedecieron, colocándose junto a Apolinar. Baena se acercó, recogió el aparato, y tras mirarlo brevemente asintió, con gesto hostil.

—Es una radio —murmuró—… ¿Con quién los comunica?

—Llame y le contestarán —replicó Número Uno.

Baena dio un paso hacia él, pero Baby miró sobresaltada a Uno, y murmuró:

—Es inútil… Solo conseguiremos violencias innecesarias, lo sabes muy bien. —Nora Tisdale miró ahora a Baena—. Esa radio nos comunica con mi compañero de la CIA que está en la casa de la colina, señor Baena.

—Ya. ¿Y dónde está él ahora?

—¿Dónde ha de estar? —Se sorprendió Baby—. En la casa, naturalmente, con todos los demás, vigilando a los hombres de usted, que supongo han capturado. ¿No es así, Carlos?

—Hablas demasiado —gruñó Número Uno.

—Lo siento, pero ¿qué otra cosa podemos…?

—¡Déjense de conversación entre ustedes! Quiero que me contesten a esto: ¿por qué este hombre ha venido solo pudiendo disponer de la ayuda de agentes cubanos y norteamericanos bien

entrenados? ¡No me creo que su compañero esté en la casa! Tiene que estar cerca del yate, vigilándonos, esperando el momento de intervenir… ¿no es así?

—Está en la casa, señor Baena. Si quiere comprobarlo, solo tiene que llamar por esa radio. Carlos ha venido solo, porque los demás han decidido quedarse por si ocurriesen más cosas, y, según entiendo, organizando su búsqueda.

—¿Mi búsqueda? —Se pasmó Baena—. ¿No saben que estoy aquí?

—¿Cómo habrían de saberlo? —Se pasmó a su vez Nora Tisdale.

—¿Por qué no te callas? —Gruñó de nuevo Carlos Alcázar.

Baby lo miró, como sorprendida. De pronto, se mordió los labios, y bajó la cabeza. Baena, que iba mirando de uno a otra, lanzó de pronto una exclamación.

—¡Eso quiere decir que Lorenzo no ha podido decirles la verdad sobre mí, es decir, sobre el hombre que debía escapar de la casa antes del ataque! —exclamó—. ¡No saben que les he estado engañando! Deben de creer todavía que, simplemente, me asusté al oír los tambores, y quise marcharme de allí para que nada malo me ocurriese… ¿No es eso? Saben que existe un yate llamado *Sugar* en el cual tienen enemigos, pero no saben la verdad sobre mí… ¡¿No es eso?!

—Usted se lo dice todo —murmuró Uno.

—Bien. ¡Bien, eso es formidable…! Todavía se pueden arreglar las cosas, Al —se volvió hacia Tumbb—… ¡Podemos matarlos a todos!

—Ya me dirás cómo —masculló Tumbb.

—Todavía tenemos otra carga como la del pesquero, ¿verdad?

—Hay dos más, sí. ¿Y qué?

—Te lo diré afuera. Salgamos.

Salieron los cinco, y la puerta del camarote fue de nuevo cerrada. Enseguida, Brigitte y Uno cambiaron una mirada, y ella sonrió.

—¿De verdad hablo demasiado?

—Me parece que no —casi sonrió también él—… Pero nos hemos quedado sin radio.

—No debemos preocuparnos demasiado. Cuando Baena llegue a la casa dándoselas de listo, lo cazarán, sabrán que nos tienen

prisioneros en el *Sugar*, y Simón y los demás vendrán a rescatarnos inmediatamente. ¿Por qué me miras así?

—Porque supongo que estás bromeando. ¿Realmente crees que esos hombres nos van a dejar vivir tanto tiempo?

—La verdad es que no, pero quería saber qué pensabas al respecto. Bien: ¿qué se te ocurre?

—Les advierto a ustedes —dijo de pronto Apolinar— que yo no estoy entendiendo nada de nada.

—Bueno, pero quizás entienda que esa gente han cambiado los planes con respecto a usted: ya no piensan dejarlo escapar, después de haber estado hablando con nosotros. Es decir, que piensan matarnos a los tres. Y a todos los de la casa de la colina. Quizá las cosas ya no les queden tan sutiles, pero de todos modos conseguirán su objetivo de enfrentar a Washington y La Habana…, con más encono que antes. Así que para que lo entienda todo, le diré que nosotros debemos impedir eso… ¿*Okay*, Apolinar?

—Usted no me toma en serio —deslizó el negro.

—Por el contrario, le tomo tan en serio que sobre usted va a descansar todo nuestro plan de fuga.

—¿Qué plan de fuga?

* * *

—Esperemos que salga bien el plan de Baena —dijo Tumbb, apoyado en la borda, como los demás—. En cuanto a ese viejo negro… ¿qué hacemos con él?

Nadie contestó hasta que vieron alejarse el Land Rover, conducido por Ciriaco Baena. Entonces, Porter sugirió:

—Quizá podríamos atenernos todavía al plan inicial. Depende lo que le hayan dicho esos dos.

—Demasiado arriesgado —rechazó Gausmann—. Por poco que haya hablado, ese viejo sabe ya más cosas de las que nos conviene. Si dice lo que hayan hablado los tres ahí dentro, las cosas no se verán tan claras como nosotros queríamos presentarlas.

—Estoy de acuerdo con Bill —intervino
O'Hara
—: nada de riesgos.

—De acuerdo —aceptó Tumbb—: vamos a matarlos a los tres y

asunto terminado. Echaremos los cadáveres al mar, lejos de la costa y bien lastrados. ¡Grey!

—¡Sí, señor Tumbb! —Apareció en el acto el capitán del yate, seguido de su ayudante.

—Zarpamos inmediatamente. Tenemos que descargar… unos paquetes.

—Sí señor —sonrió Grey.

Se dirigió hacia la cabina de mandos, mientras su ayudante se disponía a recoger la pasarela y soltar las amarras. Tumbb y los otros tres descendieron al interior del yate. Comenzaron a oírse los motores.

—Bien, vamos allá —murmuró Tumbb.

Se adentraron por el pasillo. Llegaron ante la puerta del camarote donde estaban los tres prisioneros, y Tumbb empujó la puerta y apuntó hacia el interior con su pistola. Vio a Apolinar, sentado, con los ojos cerrados, pero haciendo extraños gestos con las manos y con la cabeza, y murmurando palabras que no comprendió.

—¿Qué demonios está…?

De pronto, Tumbb lanzó un respingo, y miró vivamente a todos lados.

¿Dónde estaban Carlos Alcázar y la agente Baby? La mirada del falso norteamericano fue hacia el centro del camarote, en el que se veían las ropas de ambos, esparcidas por el suelo. Junto a las ropas, había una peluca rubia, que inconscientemente Tumbb clasificó como perteneciente a Baby.

—¿Qué pasa? —preguntó Porter, empujando a Tumbb.

Este se revolvió como una fiera, regresando al pasillo. Sus ojos lanzaban chispas de furia ahora.

—¡Salgan de detrás de la puerta! —ordenó—. ¡Es un truco demasiado viejo! ¡Vamos, salgan!

No se oyó nada, no ocurrió nada. Solamente se oían los motores, muy suavemente, y, por encima de este sonido, la cantinela de Apolinar, que continuaba con los ojos cerrados, agitando las manos y la cabeza.

Gausmann lanzó un gruñido, apartó a Tumbb, se lanzó al interior de la habitación, velozmente, deslizándose por el suelo, y girando de modo que apuntó con su pistola hacia detrás de la

abierta puerta del camarote. Casi llegó a disparar, pero terminó por abrir mucho los ojos, y exclamar:

—¡No están!

Tumbb, Porter y O'Hara se precipitaron al interior del camarote, comprobando que, en efecto, Carlos Alcázar y Baby no estaban detrás de la puerta…, ni en sitio alguno. En el suelo, Gausmann agarró la peluca rubia, y se quedó mirándola, estupefacto. Luego, alzó lo sujetadores de Nora Tisdale, ligeros, encantadores, de color negro…

—¡El portillo! —gritó
O'Hara
.

Las miradas de los cuatro fueron hacia la pequeña ventana circular del camarote, que estaba abierta. Su diámetro era de unos treinta centímetros, pese a lo cual, Porter exclamó:

—¡Han escapado por aquí!

—¡No digas tonterías! —Bramó Tumbb—. ¡Es imposib…!

De pronto, la voz de Apolinar se hizo perfectamente inteligible:

—Dondequiera que estéis —canturreaba—, ya pueden vuestros cuerpos materializarse de nuevo. Yo, Apolinar, os autorizo a ello… Donde quiera que estéis…

—Pero… ¿qué dice este chiflado? —aulló Gausmann, todavía sentado, y con la peluca en una mano y los sujetadores en otra, dejada la pistola junto a él en el piso.

—¡Maldito negro! —Se acercó furiosamente Tumbb a Apolinar —. ¡Deja ya de…!

El error estaba ya cometido: todos estaban pendientes de Apolinar exclusivamente, tan absortos en él que olvidaron las precauciones que podían haberles dictado la más elemental lógica… Cuando las puertas del armario empotrado del camarote se abrieron, los cuatro hombres no miraban hacia allí, sino hacia Apolinar.

Y ni siquiera oyeron nada, de momento. Es decir, solo Gausmann creyó oír algo a su izquierda y tras él, y comenzó a volver la cabeza. Le pareció ver el relumbrón de dos cuerpos desnudos desplazándose velozmente, pero eso fue todo. Recibió un puntapié detrás de la oreja, hacia la nuca, y salió disparado deslizándose por el suelo, ya sin sentido.

Junto a él, Brigitte se deslizó también por el suelo, en busca de la pistola, mientras Número Uno, tras el terrible puntapié a la cabeza de Gausmann, proseguía su trayectoria hacia los otros tres hombres, que, más que verlo, presintieron el peligro tras ellos.

El primero en volverse fue Tumbb, que lanzó un gritó, alzó su pistola…

¡Pack!, disparó Brigitte desde el suelo, con la pistola de Gausmann. Albert Tumbb recibió la bala en pleno corazón, y cayó fuertemente impulsado de espaldas, con los ojos desorbitados, lanzando la pistola hacia el techo.

Mientras tanto, el puño derecho de Número Uno llegaba con fortísimo chasquido a la barbilla de O’Hara, que saltó con los pies hacia arriba, los ojos en blanco, sin un gemido siquiera, y fue a caer sobre Apolinar, que detuvo el golpe alzando ambos brazos.

Porter llegó a orientar la pistola hacia Número Uno, que era poco menos que un *bulldozer*, arrasándolo todo a su paso. Con un quiebro increíble se colocó más hacia la derecha de Porter, apartó el brazo de este en el momento en que sonaba el disparo, asió la muñeca, la giró, hizo dar la vuelta a Porter, y lo lanzó de cara contra la pared del camarote, donde rebotó fuertemente, de espaldas a Número Uno, que lo recibió con un rodillazo en los riñones.

—AAAaaaaAAA… —jadeó Porter, que pareció quedar convertido en una estatua.

Otro golpe, ahora en el centro de la espalda, lo tiró de nuevo contra la pared. Y esta vez, cuando rebotó, estaba sin sentido. Número Uno se había vuelto, mirando vivamente a todos lados…, pero ya no había nada que valiese la pena mirar. Excepto, el hermoso cuerpo desnudo de Brigitte, todavía tendida en el suelo y con la pistola en la mano.

Ella sonrió, adivinando siempre la máxima inquietud de él.

—Estoy bien —aseguró.

—Quédate aquí —murmuró Uno—. Iré a controlar la situación también arriba.

—Cuando vuelvas, tráeme mi maletín, por favor. Debe de estar en el saloncito.

Número Uno se puso solamente los *wong* agarró una de las pistolas caídas por el suelo, y abandonó el camarote. Brigitte se sentó, se puso la peluca rubia, y miró sonriente a Apolinar, que todavía no daba crédito a lo que sus viejos ojos habían visto perfectamente.

—Ya le dije que saldría bien —sonrió la divina espía—… Es usted un gran brujo, Apolinar. Pronto podremos tocar juntos sus tambores. Pero nada de anunciar muerte, ¿de acuerdo? Dígame una cosa: ¿usted tiene algo que ver con un pesquero?

—No —consiguió murmurar el viejo brujo de vudú.

Baby Montfort quedó pensativa unos segundos. Un pesquero, dos cargas como la del pesquero… Asintió con un gesto, y se dispuso a esperar el regreso de Número Uno comenzando a vestirse.

9

Ciriaco Baena detuvo el Land Rover delante de la casa, en cuyo amplio porche estaba Simón, que corrió hacia él.

—¡Señor Baena! —exclamó—. ¿De dónde sale? ¿Cómo es que tiene usted el Land Rover de Baby? ¿La ha visto?

Baena, retiró la mano del bolsillo donde llevaba la pistola. Pese a que los dos hombres que vigilaban la verja de entrada lo habían recibido de un modo parecido, todavía no se había confiado. Pero ahora, con la actitud del agente de la CIA, todo se le apareció definitivamente claro: no sabían nada de él, ni siquiera desconfiaban.

Saltó del vehículo, y se acercó con paso indeciso a Simón.

—¿Están todos bien? —murmuró—. Me parece que no sabré qué decirles, después de mi comportamiento… No sabía lo que hacía, perdí la cabeza…

—No debe preocuparse. Aquí han ocurrido cosas que le van a tranquilizar definitivamente. Pero, dígame: ¿ha visto a Baby? Si tiene usted el Land Rover…

—Sí, la he visto…

—¿Ella está bien? —exclamó Simón.

—Sí, sí… Bueno, yo estaba escondido cuando vi pasar el Land Rover, y la reconocí. Ella venía hacia aquí, así que le salí al paso. Intenté explicarle lo que había hecho, pero ni siquiera quiso escucharme. Me dijo que le devolviera a usted el Land Rover, se despidió, y fue hacia un coche que la había estado siguiendo. Me parece que solo iba un hombre, en aquel coche… Subió, y se fueron.

—Bien… Bueno, ella ya terminará de explicárnoslo todo… ¡Pase, todos están muy preocupados!

Entraron en la casa, y Simón señaló hacia el salón. Cuando entraron los dos allí, Ciriaco Baena vio enseguida a los prisioneros

atados de pies y manos, y respingó.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Quiénes son…?

—¡Ciriaco! —Estaba exclamando también Inocencio Robles, acercándose—. ¿Estás bien? ¿Dónde te has metido? ¡Estábamos…!

—Estoy bien. Inocencio, siento lo que hice, no sé cómo podré disculparme.

—En realidad —intervino Walter Griffin—, usted fue el que reaccionó con más… sinceridad, a fin de cuentas. Hemos estado hablando de esto, y todos hemos admitido que de buena gana habríamos hecho lo mismo que usted.

—Pero solo lo hice yo —susurró Baena.

—Olvídelo.

—No me será fácil. ¿Y estos hombres…?

—Estaban dispuestos a asaltar la casa, para matarnos a todos, pero un hombre llamado… ¿Qué hace?

La exclamación de sorpresa de Walter Griffin estaba justificada: Baena había saltado a su espalda y le puso la pistola en la nuca. Los demás, tras contenidas exclamaciones de desconcierto, se quedaron mirando a Baena, atónitos. Este ni siquiera les dio tiempo a hablar. Miró a Simón, y ordenó:

—Comience a desatar a esos hombres, Rawlings. Y deprisa, si no quiere que le vuele la cabeza a Griffin… y luego a todos ustedes.

—¿Estás loco? —jadeó Robles, lívido—. ¡No puedo creer que esto sea cierto, Ciriaco! ¿Qué es lo que pretendes?

—Rawlings —deslizó fríamente Baena—: si no empieza a soltar a esos hombres antes de tres segundos, prepárese a morir… un segundo después que Griffin.

El agente de la CIA miró a Griffin, indeciso. Luego, se acercó a los hombres atados, y comenzó a desatarlos, en silencio. En cuestión de segundos, la situación cambió por completo. Lorenzo Lage y sus hombres pasaron a controlarla, y, bajo la dirección de Baena, fueron ellos quienes amarraron sólidamente a los seis participantes en la conferencia secreta para conversaciones preliminares.

—¿No sería mejor matarlos? —preguntó Lage, hoscamente.

—No. Tengo las cosas previstas de otro modo. ¿Usted es Lage?

—Claro.

—Bien. Vigilen a Rawlings mientras este llama a los hombres que hay ahí fuera, vigilando en el jardín. Los quiero a todos aquí,

bien atados, en menos de cinco minutos. A menos, Rawlings —miró al agente de la CIA—, que prefiera usted que comencemos a disparar.

—No —murmuró Simón—… Claro que no. Ignoro qué pretende usted, señor Baena, pero puesto que parece que la muerte no entra en sus planes, prefiero seguirle el juego: atraeré a los de fuera.

Por parejas, los vigilantes del exterior fueron cayendo ingenuamente en la trampa. Y, en efecto, cinco minutos más tarde, todos estaban atados y sentados en el suelo junto a los conferenciantes cubanos y norteamericanos.

—Busquen más cuerdas donde sea —ordenó Baena—… Quiero tenerlos muy bien atados.

Otros cinco minutos más tarde, ahora ya incluso Simón, todos estaban atados sólidamente de pies y manos, entre ellos, y además, atados al sofá y a dos sillones. El grupo no podía estar más sombrío…, más indefenso.

—De acuerdo —sonrió Baena, relajándose por fin—… Ya pueden marcharse ustedes, Lage. Llévese al muerto… Los que no estén heridos, que conduzcan. Utilicen dos coches que encontrarán en el garaje y que deben dejar abandonados cerca del puerto. Luego, vayan hacia el pesquero con la lancha pequeña… Bueno, ya saben todo eso, ¿no?

—Sí señor —sonrió Lage—. Pero nos gustaría meterle mano a esta gente que…

—Obedezca —cortó secamente Baena.

Lage encogió los hombros. Un minuto más tarde, él y sus hombres, llevándose al muerto, habían salido de la casa. Poco después, desde el interior de esta, todos oían los dos coches, alejándose. Ciriaco Baena sonrió, salió de la casa, y regresó al salón con un gran paquete, que depositó sobre un sillón. Cuando lo desenvolvió, miró a Robles, y sonrió al ver el gesto de este.

—En efecto —dijo—: es una carga explosiva conectada a un mecanismo de tiempo. Cuando esta carga explote, no quedarán de esta casa ni los cimientos. Y ello será dentro de media hora, o poco más. Es decir, al mismo tiempo que cierto pesquero, en el que perecerán todos los hombres que acaban de marcharse, y los que han estado tocando los tambores de Apolinar. Ya no necesitamos ni a unos ni a otros.

Se echó a reír, y comenzó a preparar el «paquete» para su explosión.

—Ciriaco —murmuró Robles—: ¿qué significa todo esto?

—Significa, querido Inocencio —lo miró vivamente Baena—, que Estados Unidos y Cuba seguirán… enemistados.

—No te comprendo… ¿Qué tienes tú que ver con todo esto?

—Casi nada —lo miró irónicamente Baena—… Sin mí, no podrían haber hecho nada ciertas personas importantes. Yo fui quien, pese a las dificultades, pude avisar a esas personas del lugar al que nos dirigíamos. Y eso, por la sencilla razón de que esa persona estuvo muy cerca de nosotros. Claro: un personaje importante en La Habana. Pero hay muchos otros, Inocencio. Recibí instrucciones, y las he estado cumpliendo… creo que a la perfección. Yo sabía todo el plan, así que en los días y a las horas indicadas, esto es, a las tres de la madrugada, maté a Saunders y a Félix…

—¿Tú? ¡No es posible! ¿Cómo pudiste…?

—¡Vamos…! No creerás que fue realmente el vudú, ¿verdad? Yo sabía que a las tres sonarían los tambores, así que, poco antes, maté primero a Saunders y luego a Félix. A los dos los engañé. Primero, al norteamericano, entrando en su habitación y susurrándole que tenía algo importante que decirle… Imagínate su interés al oír a un cubano que quería decirle algo en privado: Entonces, simplemente, le clavé la primera la aguja en el corazón, y luego las otras. Después, grité yo, no él, y fui el primero en salir al pasillo, simulando, naturalmente, que salía de mi cuarto. Y lo mismo hice con Saunders, aunque un poco más holgado de tiempo, ya que debía esconder el cuchillo. ¡Vamos, Inocencio…, no me digas que creíste eso del vudú!

—¿Dónde está Baby? —murmuró Simón.

—Me parece que en estos momentos ya debe de estar muerta —rio Baena—. Y el otro tipo también. Y hasta habrá muerto Apolinar. Queríamos utilizarlo para que, cuando «escapase», acusara a los norteamericanos de todo esto, pero las cosas se complicaron, y hemos decidido eliminarlo también. No ha salido el plan todo lo perfecto que queríamos, pero al menos no hemos tenido que correr el riesgo del plan de seguridad.

—¿El plan de seguridad? —preguntó Inocencio Robles—. ¿A qué

te refieres?

Baena tardó unos segundos en responder, porque se abstrajo con suma atención en la preparación final del «paquete» explosivo. Ya todo conectado, se aseguró de la hora que marcaba el mecanismo de tiempo, y entonces se acercó alegremente al grupo de prisioneros.

—De lo que se trata aquí, Inocencio, es de que hay en Cuba personajes que no desean, por el momento, que Estados Unidos y nuestro país reanuden sus relaciones, sean estas de la clase que sean. Los motivos, no son políticos más que en un… diez o quince por ciento. Los motivos básicos, el otro ochenta y cinco por ciento, son económicos. Hay un grupo de cubanos que tiene las cosas muy bien montadas en Cuba en estos momentos, y no iban a permitir que los contactos con Estados Unidos diesen lugar a reestructuraciones de varias clases que terminarían con sus grandes negocios…

—Eso no es cierto. Castro no puede estar permitiendo que un grupo de canallas…

—¡Pero si el buen Fidel no lo sabe! —Rio Baena—. ¿Acaso crees que él puede saberlo todo? Simplemente, ese grupo está abusando de sus puestos, de sus contactos… Es lo que suele llamarse *corrupción*. Fidel Castro está convencido de que todos sus colaboradores son maravillosos. Y claro, no es cierto. Y es mejor para él que siga ignorando la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si este plan hubiese fallado totalmente, o por un motivo u otro, las negociaciones entre Cuba y Estados Unidos fuesen a seguir adelante, está ya preparado el plan para asesinar a Fidel Castro. De modo que es mejor para él que las cosas salgan bien aquí ya que, aunque seguiremos sin ser amigos de los USA, al menos él seguirá con vida…, mientras no se pase de listo.

—¿Asesinaríais a Castro? —susurró Robles—. ¿Hay ya un plan preparado para hacerlo… si las negociaciones siguen adelante?

—Así es.

—¿Quiénes han preparado ese plan? ¿Dónde están?

—En Cuba. Yo solo conozco a un par de ellos, pero unos compañeros míos en este asunto, que están en el yate *Sugar*, los conocen a casi todos. ¿Por qué tienes tanto interés en conocerlos tú,

Inocencio, si vas a morir muy pronto?

—Entonces, todo esto… ha sido cosa nuestra, de los cubanos.

—De algunos cubanos —dijo sosegadamente Walter Griffin—. No se torture por ello, Robles. También en Estados Unidos surgen traidores y canallas parecidos, de cuando en cuando.

Inocencio Robles no contestó. Dejó caer la cabeza, y pareció que perdía interés por todo. Ciriaco Baena lo miró unos segundos, y por fin, como sorprendido, se dirigió hacia la puerta del salón. El silencio era tal que todavía oía el tic-tac del mecanismo de tiempo del gran paquete explosivo. Ya en la puerta, se volvió, para mirar a sus víctimas. Por un instante, le pareció que había algo extraño en el ambiente, algo que no comprendía… Menos Robles, todos le miraban, y eso era todo. Le miraban de un modo que no comprendía.

Encogió los hombros, hizo un burlón gesto de saludo, y salió del salón. Segundos después salía de la casa, saltaba al volante del Land Rover…, y entonces comenzó a oír los tambores.

Se quedó petrificado, con la mano a mitad de camino hacia la llave de contacto. ¿Estaban locos los del pesquero? ¿Por qué demonios tocaban ahora los tambores? Tenían que acercarse a la costa después de haberlos hecho sonar antes, a la hora convenida, y recoger a Lage y los demás, para alejarse ya de Grenada…, hasta que explotase la carga que había sido colocada por Tumbb y los otros. ¿Por qué tocaban los tambores…?

Y de pronto, se dio cuenta de que los tambores no eran lejanos, ni de procedencia incierta, sino que los estaba oyendo allí mismo muy cerca de él, en alguna parte…

Cuando Nora Tisdale apareció procedente de algunos arbustos de flores, Ciriaco Baena creyó que estaba viendo visiones. Se quedó mirándola mientras ella se acercaba, como envuelta en el sonido de los tambores, como si estos sonasen justamente alrededor de ella.

Y, también de pronto, Ciriaco Baena recordó que él tenía una pistola. Llevó velozmente la mano a ella, y, mientras tocaba la culata del arma, vio algo reluciente en el aire. No oyó el silbido de la navaja, debido al rumor de los tambores, pero sí vio el centelleo de la hoja…, que un instante después se hundía fuertemente en su garganta.

Cuando Nora Tisdale pasó junto al cadáver que yacía echado hacia atrás en el asiento del Land Rover, ni siquiera lo miró. Se tomó de la mano de Carlos Alcázar, que había aparecido tras lanzar la navaja, y ambos entraron en la casa. Luego, lo hicieron en el salón, sin prisas, sosegadamente. Nora Tisdale fue directa hacia Inocencio Robles, y se acuclilló ante él.

—Tal como le dije cuando llamé antes por mi radio a Simón, todo ha salido bien. Sabía que él tenía una carga explosiva, y por eso comprendí que no los mataría a disparos. ¿Han conseguido sacarle la explicación de todo el asunto?

—Sí —musitó Robles.

—Lo celebro. Siempre es mejor así a que seamos nosotros, la CIA, quien tenga que dar explicaciones. Casi nunca nos creen…, y con razón, desde luego. Tengo a disposición de usted a los supervivientes del yate *Sugar*, señor Robles.

—Gracias. Siento… siento que todo esto haya sido… obra de los cubanos.

—De algunos cubanos —aclaró Nora Tisdale—. No se preocupe demasiado: en todas partes hay criminales. No íbamos a ser los únicos los de la CIA. Bien… ¿Puedo hacer algo más por ustedes, caballeros?

—Si a usted le parece bien —alzó Simón la voz, un tanto chillona—, podría desconectar ese artefacto de tiempo.

—Lo había olvidado —sonrió la divina, haciendo un gesto a Número Uno, que fue hacia el «paquete»… ¿Algo más?

—Juraría —casi tartamudeó Marcial Varelaque estoy… oyendo unos tambores.

—Es cierto —asintió plácidamente Baby—… Están tocando a muerte. Y esta vez, además de tener razón, son los auténticos tambores de Apolinar.

Este es el final

Numero Uno la besó en un seno, y luego dijo:

—Eres realmente perversa.

Brigitte se abrazó a su cuello, lo besó en la boca larga y profundamente, y, tras suspirar, preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Te estás burlando de un pobre viejo. Lleva casi una hora haciendo sonar sus tambores, para que la bruja Mabua Luna se entere de que Apolinar ha aparecido… y tú no haces ni caso. ¿Acaso no piensas acudir al desafío?

Brigitte miró alrededor. Estaban en un espacioso dormitorio que tenía una hermosa terraza sobre el mar, en el apartamento que los señores Tomasini habían alquilado en St. George's, Grenada, donde pensaban pasar unos cuantos días de conversaciones preliminares a su próximo viaje a Acapulco, quizás. O a Rio. O a Honolulu. O a… ¿quién sabe? Lo importante era que estaban allí, juntos, que era una hermosa noche sin luna, pero llena de estrellas, que oían el mar, que las conversaciones preliminares en la casa de la colina habían terminado felizmente…, y que ellos no tenían cosa mejor que hacer que amarse.

—¿No me contestas? —insistió Uno.

—Estaba pensando que estoy mejor aquí que caminando sobre fuego.

—Lo que significa que, definitivamente, no piensas acudir como Mabua Luna para hacer una competición de brujerías con Apolinar.

—Exactamente.

—Por eso he dicho que eres perversa, que te estás burlando de ese pobre viejo que…

—¡Nada de pobre viejo! —exclamó la divina—. Es un sujeto de cuidado, y te aseguro que no pienso enfrentarme a él de ninguna

manera, en ese terreno del vudú. Dices que me estoy burlando de él… Pues no es cierto: le estoy dejando que gane la competición de brujos de vudú, por incomparecencia de Mabua Luna. ¿Eso es ser perversa?

—Pues… Bien mirado, no, desde luego…

—Además —atrajo ella a él hacia su cuerpo—, ya te he dicho que estoy mejor aquí…, a menos que el perverso seas tú…, y no me des lo que te estoy pidiendo.

Los tambores de Apolinar seguían sonando, pero, ciertamente Mabua Luna no iba a acudir. Estaba ocupada, emprendiendo un dulce viaje hacia el paraíso del amor, en brazos del hombre que amaba.

FIN

Notas

[1] Mabanga, en efecto, es una bruja de vudú, vieja amiga de Baby. Se conocieron en la aventura de esta titulada *Voodoo*, y posteriormente se ayudaron una a otra en diversas aventuras. <<

[2] Referencia a la aventura anterior de Baby, *Servicios especiales*. <<